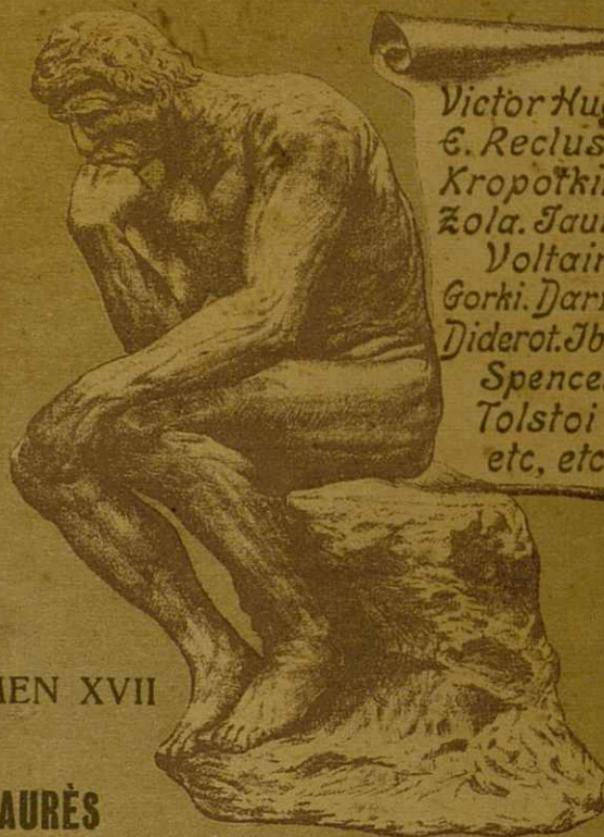


BIBLIOTECA POPULAR
LOS GRANDES PENSADORES

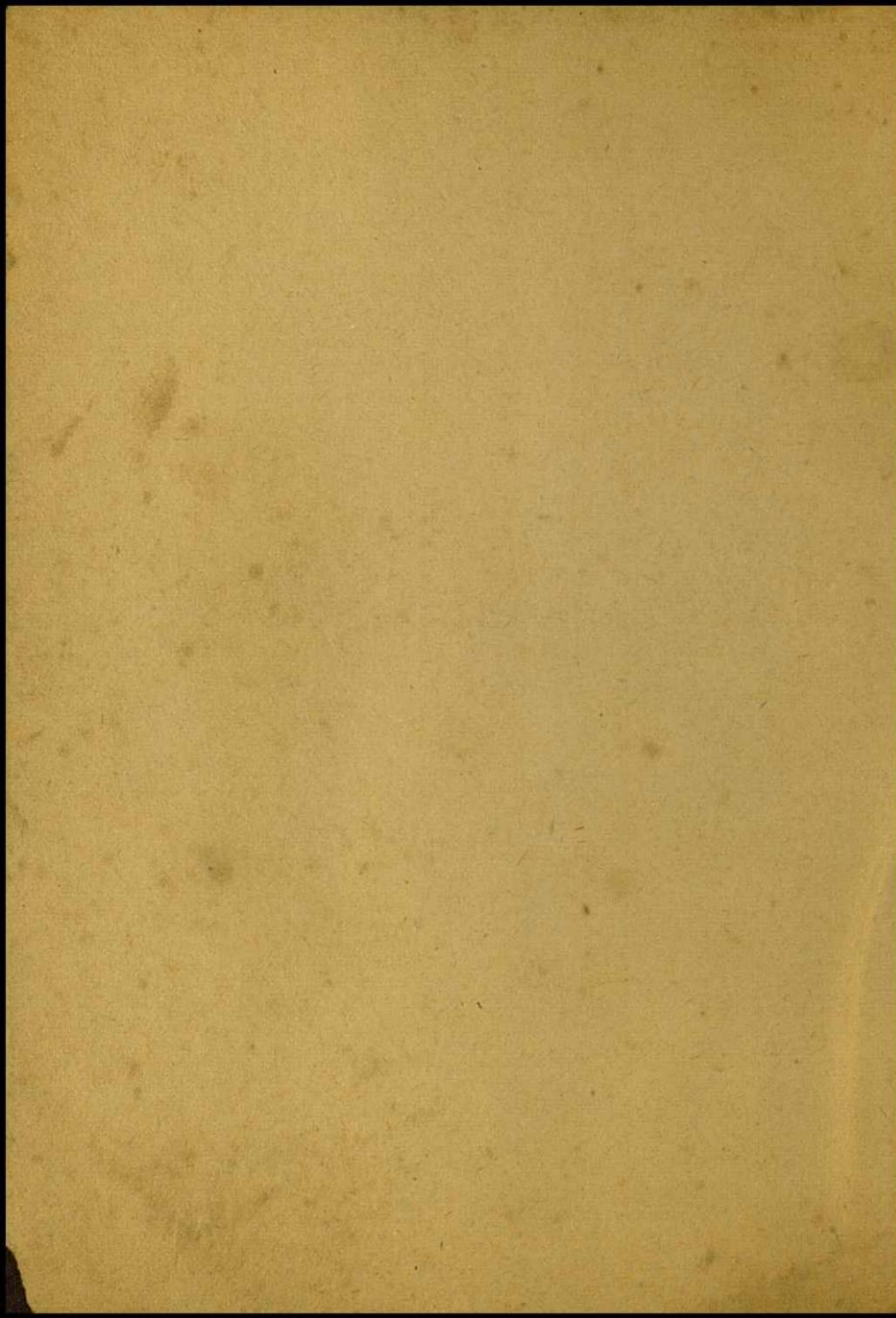


*Victor Hugo
E. Reclus
Kropotkine
Zola. Jaurès
Voltaire
Gorki. Darwin
Diderot. Ibsen
Spencer
Tolstoi
etc. etc.*

VOLUMEN XVII

J. JAURÈS

EL SOCIALISMO



BIBLIOTECA POPULAR
LOS GRANDES PENSADORES

J. JAURÉS

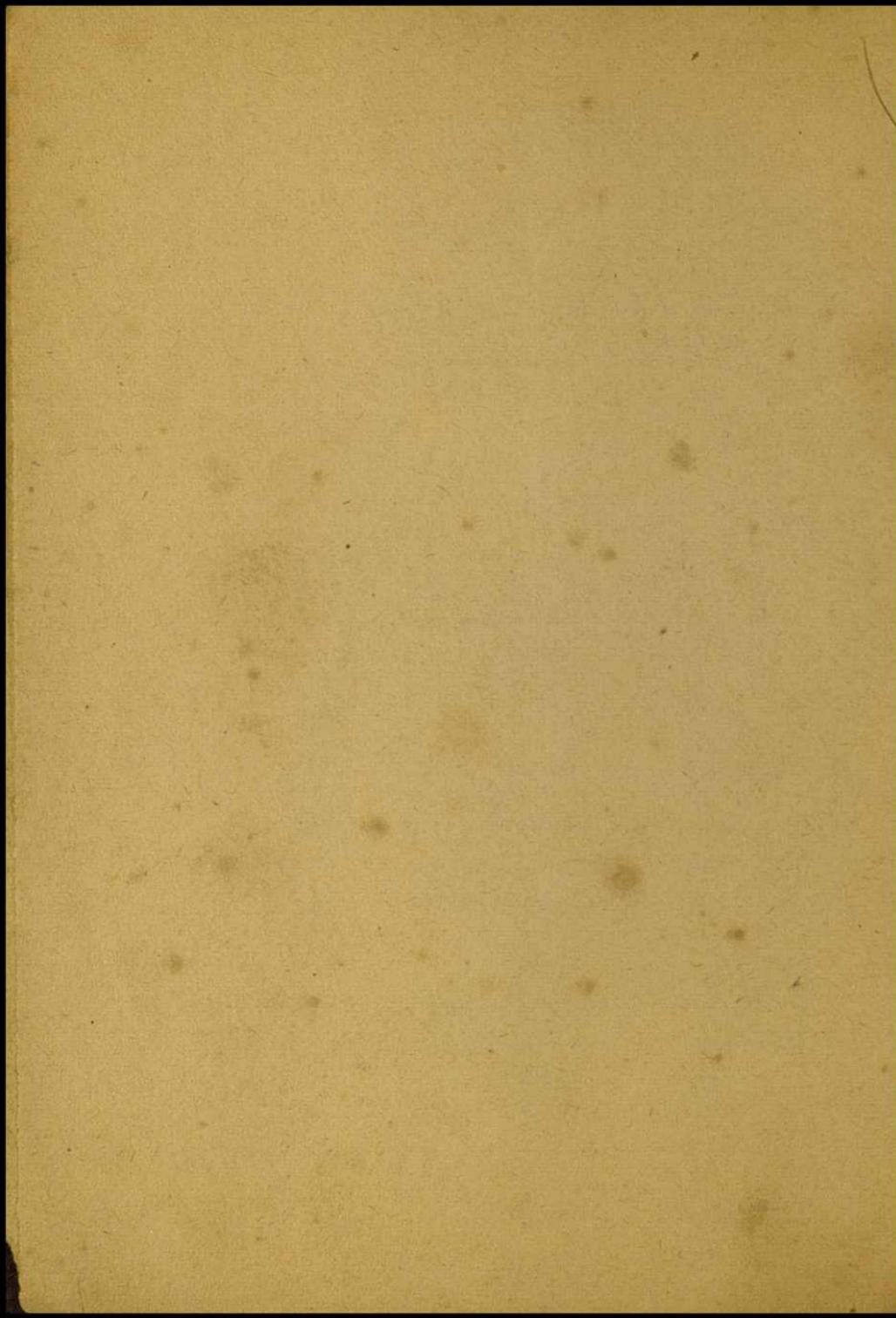
El Socialismo

VOLUMEN XVII - SEGUNDA SERIE

CASA EDITORIAL
PUBLICACIONES DE LA ESCUELA MODERNA

BARCELONA
—
CORTES, 478

BUENOS AIRES
—
PICHINCHA, 1867



Noticia biográfica

Juan Faurès, del que siguen algunos hermosos trabajos sueltos, nació en Castres, departamento del Tarn, el 3 de septiembre de 1859, de una familia religiosa y buena, cualidades que, como hizo constar Pi y Margall hablando de Colón, «no siempre van juntas».

Cursó sus primeros estudios en Castres, revelándose desde los primeros momentos como niño excepcional, por lo original y sólido de su talento. En el Liceo Louis-le-Grand, de París, prosiguió sus estudios confirmando con hechos las predicciones formuladas acerca del brillante porvenir que aguardaba a aquel niño, que debía ser uno de los grandes hombres de la Francia contemporánea, y sin disputa el más brillante, fogoso y elocuente de los oradores parlamentarios.

En 1878 ingresó en la Escuela Normal Supe-

rior, de donde salió en 1881, para consagrarse a la enseñanza de la filosofía en el Liceo de Albi, en el que desempeñó con brillantez suma la cátedra desde 1881 a 1883.

De allí pasó a la Facultad de Letras de Toulouse, en la que prosiguió sus enseñanzas a las que había tomado profundo cariño. Prueba de ello es que simultáneamente explicaba un curso de psicología en un Liceo para señoritas.

En las elecciones del 4 de octubre de 1885 fué elegido como diputado republicano por el departamento del Tarn, obteniendo 48.040 votos sobre 93.932 votantes.

Apenas llegó al Parlamento se manifestó el orador brillante, el dominador absoluto de la palabra que se había revelado en sus discursos de la Normal y en las lecciones de la cátedra. Con su primer discurso labró su reputación del mejor orador de la tribuna francesa.

Restablecido en 1889 el escrutinio departamental, presentóse como candidato por la primera circunscripción de Castres, siendo derrotado por M. Abril, del partido monárquico, que tuvo 9.632 sufragios, mientras que Faurès sólo alcanzó 8766.

Volvió entonces a su cátedra de Toulouse, donde tomó el título de Doctor en Letras, defendiendo con brillantez dos importantes tesis.

Su tendencia socialista iba en tanto acentuándose, y como consecuencia de ello se presentó candidato por la segunda circunscripción de Albi en

1893, con un programa netamente socialista, pero republicano siempre.

En aquella legislatura se convirtió en el paladín parlamentario de los huelguistas de Carmaux. Reelegido en las elecciones generales del 20 de agosto de 1893, siguió acentuando en sus discursos la nota socialista, cuyo programa iba exponiendo con claridad suma y ardor de apóstol.

En 1902 volvió a la Cámara después de una corta ausencia por haber sido derrotado por el Marqués de Solages, y desde aquel día fué siempre reelegido, aumentando en cada elección el número de los safragios que obtenía, prueba indudable de los progresos que iba realizando en la opinión el socialismo positivista que Faurès predicaba.

Durante el Bloque, bajo el ministerio que presidió Combes, fué vicepresidente de la Cámara de los Diputados.

Las rudas tareas parlamentarias, que le tenían siempre en la brecha, no le impedían colaborar asiduamente en *La Dépêche de Toulouse*, en *La Petite République*, *La Révolution Française*, y finalmente en *L'Humanité*, periódico que él fundara.

En esas hojas dejó Faurès luminoso rastro de su vasto talento de polígrafo, y en sus artículos la expresión de su amor ardiente a Francia y a la causa de la paz.

Hablando de este amor, que es la nota dominante de la vida de Faurès, escribe uno de sus bió-

grafos, M. León Jouhaux, secretario de la Confederación General del Trabajo, las siguientes palabras tan sentidas como justas:

» Pero lo que dominará su vida, es su apostolado por la paz, es la batalla ininterrumpida, en la cual, después de tantos años como la amenaza de guerra se cierne sobre Europa, luchó a la cabeza de todos los hombres de corazón del mundo entero, contra las fuerzas de barbarie, contra los riesgos de conflicto, por la aproximación fraternal de los pueblos.

» Todas los peligros que han turbado la paz del mundo durante el último período, los había previsto y con frecuencia denunció a tiempo la causa de ellos.

» Su campaña contra la expedición marroquí, de la que sufrimos aun en estos días trágicos las remotas consecuencias, está todavía en la memoria de todos, y sabido es con qué furor fué atacado con motivo de ella.

» Es por haber siempre defendido la paz y combatido las fuerzas de guerra por lo que fué tan injuriado, tan aborrecido por todos los fautores de turbulencias internacionales, por todos los salvajes del chauvinisme. Y no obstante, ¿quién más que él amaba apasionadamente a Francia y quién habló jamás de ella con mayor magnificencia?

» El no separaba la causa francesa de la civilización, y nosotros, que hemos recibido diariamente la expresión de su pensamiento, podemos ren-

dirle este testimonio, que jamás esta doble preocupación fué en él más viva que en la hora misma en que en plena acción socialista y francesa, cayó asesinado.

»Para la historia, Juan Jaurès, gloria de la Francia republicana y del socialismo, será el mártir sublime de la Paz».

El hombre ilustre caía asesinado villanamente el 31 de julio de 1914, en un restaurant de París.

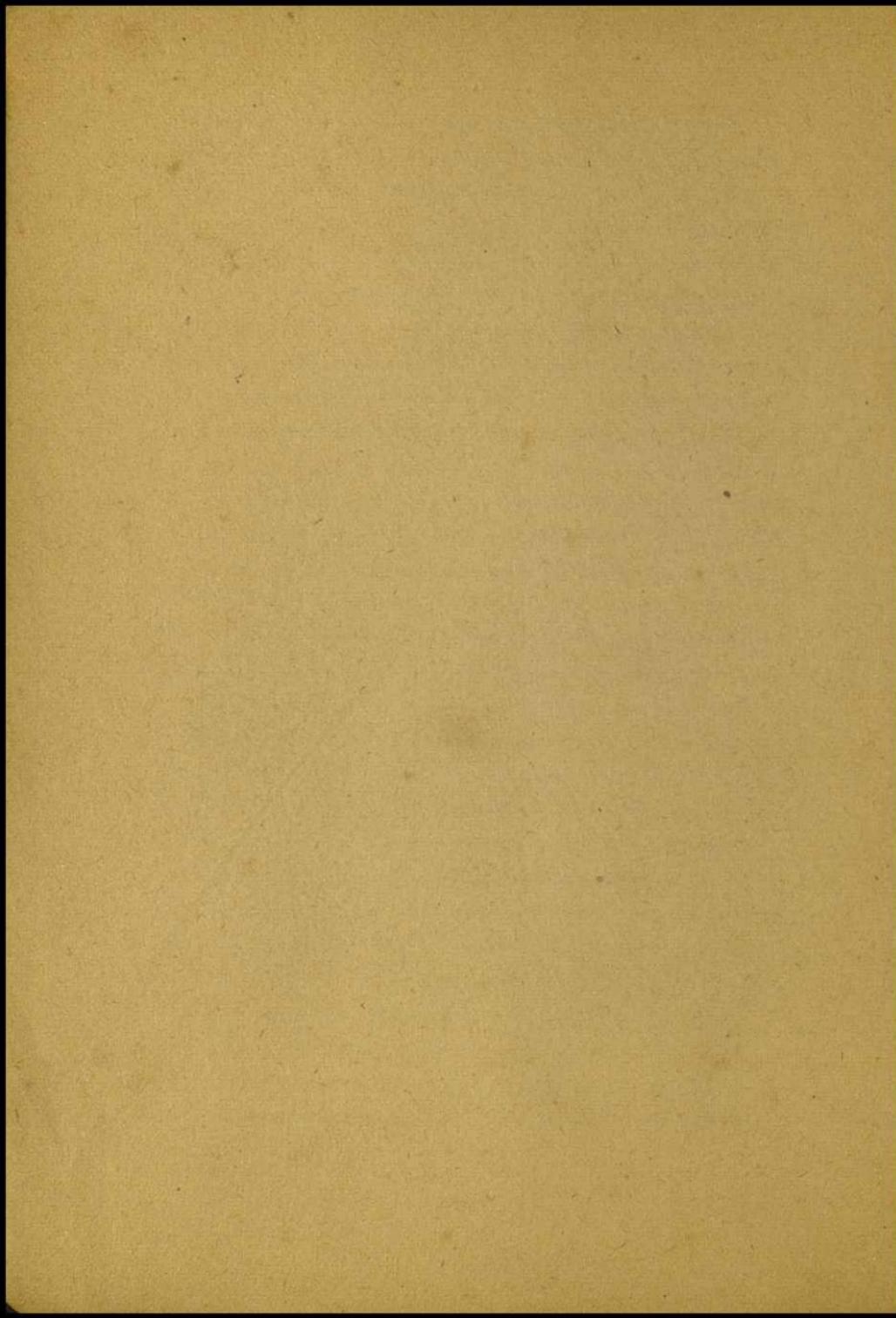
Regresaba Jaurès de trabajar en pro de la paz de Europa, ese amor de su vida.

Alemania no había declarado aun oficialmente la guerra a Francia, pero la angustia de su anuncio oprimía todos los pechos.

El asesinato se atribuyó por unos al fanatismo de un desequilibrado; por otros a un crimen del nacionalismo reaccionario, por otros, en fin, a «un golpe de Alemania».

Reina todavía el misterio acerca de la causa del crimen; pero es lo cierto que aquella gran cabeza, aquel gran corazón, aquel ilustre hijo de Francia, caía bajo el plomo de un asesino cobarde, cuando más útiles hubieran podido ser sus servicios a su glorioso país, víctima de una asechanza salvaje y de una acometida criminal, que juzgará severamente la Historia.

C. L.



ESTUDIOS SOCIALISTAS

República y socialismo

Hace once años, en el momento en que la democracia socialista alemana elaboraba su programa, el proyecto de programa que bien pronto debía ser adoptado en Erfurt, fué sometido a Engels, el amigo sobreviviente de Marx. Engels opuso graves objeciones a la parte política de este programa. La encontraba tímida, inconsistente e ineficaz. Se habla—decía—de sufragio universal directo, de referendum y de iniciativa popular. ¿Pero de qué sirve esto mientras que la Constitución de Alemania sea absolutista y mientras que Alemania, dividida en pequeños Estados donde domina la voluntad de los príncipes, no ofrezca a la voluntad de la nación un campo libre y unido? ¿Cómo cabe esperar, con semejante Constitución política, un paso regular y tranquilo del capitalismo al socialismo?

Aquí cito textualmente, según la carta de Engels que acaba de ser encontrada en los pa-

peles de Liebknecht, y que publica la revista de Kautsky, la *Neue Zeit*:

«Se dice a sí mismo y al partido que la sociedad de hoy va hacia el socialismo por una evolución interna, y no se pregunta si, por esta evolución misma, no romperá las formas, las envolturas de la Constitución actual.

»Se habla como si Alemania no tuviese que libertarse de las cadenas de un orden político absolutista y caótico. *Puede creerse que la vieja sociedad podrá transformarse pacíficamente en la nueva en los países en que la representación del pueblo concentra en sí todos los poderes, en que puede hacerse constitucionalmente lo que se quiere desde el momento en que se tiene detrás la mayoría del pueblo, en las repúblicas democráticas como las de Francia y América, en las monarquías como Inglaterra, donde la dinastía es impotente contra el pueblo. Pero en Alemania, donde el gobierno es casi todopoderoso y donde el Reichstag y los otros cuerpos representativos son destituidos por el poder real, sostener semejante lenguaje es aliarse al absolutismo.*

»Si hay algo cierto, es que nuestro partido y la clase obrera no pueden llegar al poder sino bajo la forma de la República democrática. Esta es la forma específica de la dictadura del proletariado, como lo ha demostrado ya la gran Revolución francesa. *No se puede pensar que nuestros mejores partidarios lleguen a ser ministros bajo un emperador como Miguel».*

No quiero hacerme cargo hoy más que de dos puntos de estas notables palabras de Engels. El primero es que, para el ilustre amigo de Marx, la República democrática no es, como

dicen a menudo entre nosotros algunos pretendidos partidarios del marxismo, una forma puramente burguesa, que importa tan poco al proletariado como cualquier otra forma gubernamental. La República es, según Engels, la forma política del socialismo: lo anuncia, lo prepara y hasta lo contiene en cierto modo, puesto que sólo ella puede conducirnos a él por una evolución legal, sin ruptura de continuidad.

Eramos, pues, nosotros los que seguíamos fieles a la verdadera idea marxista, cuando en la crisis de las libertades francesas hemos defendido la República contra todos sus enemigos. Y los que, bajo pretexto de revolución y de pureza doctrinal se refugiaban tristemente en la abstención política, esos se apartaban del pensamiento socialista. Se apartaban también de la tradición revolucionaria del proletariado francés. Engels habla de la República de 1793, de esa Revolución que algunos socialistas franceses declaran exclusivamente burguesa, y que en un momento fué, según Engels, el instrumento apropiado de la dictadura proletaria. Hace pocos días, buscando en los archivos, con Gabriel Deville, algunos documentos sobre la Revolución, leí con un estremecimiento de alegría este fragmento de un diario de Babeuf. Babeuf se felicita de haber defendido la Revolución y la República, aun cuando estaban en manos de los perseguidores del pueblo. Se felicita de haber salvado la República hasta con riesgo de salvar al mismo tiempo a los hombres indignos que la representaban. «Sí—dice—; si los realistas no triunfaron el 13 Vendimiario, es porque en

aquel gran peligro de la libertad pública comprendieron los demócratas que, por un interés tan sagrado, debían, exponiendo sus vidas, salvar a aquellos de sus perseguidores que tanto les habían traicionado, pero que no podían perecer sin que la misma libertad sucumbiese.» Admirables palabras, que claman contra el ciudadano Vaillant. No dejan subsistir ninguno de los pretextos con que trataba de cubrir su abstención y su política de equilibrio en los días del peligro republicano, en la crisis boulangérista y en la crisis nacionalista. Sólo por una usurpación de título pretende estar unido a las ideas de Babeuf; nosotros únicamente hemos sido fieles en aquellos días turbulentos al comunismo revolucionario de Francia.

Las palabras de Engels nos revelan también hasta que punto los socialistas alemanes se preocupaban de los medios de realizar el comunismo. Engels deplora apasionadamente que no haya una república alemana.

Y deja entrever que así como le repugnaría ver ministros socialistas bajo un emperador, en cambio le parecería natural que tomaran parte en la dirección gubernamental de una República democrática que evolucionase hacia el socialismo. Liebknecht, como se verá por los fragmentos citados, iba más lejos, puesto que preveía la participación de los socialistas en el Gobierno, aun bajo la Constitución imperial; pero sea lo que fuese de la cuestión ministerial, completamente secundaria, el problema que les preocupaba a todos era este: ¿Cómo pasar de la sociedad burguesa a la sociedad comunista? ¿por qué caminos?

¿por medio de qué evolución? Este es, me atrevo a decirlo, el problema que siempre nos ha preocupado. A la solución teórica y práctica de este problema hemos dedicado sin reserva y sin recompensa todo nuestro esfuerzo de espíritu, todo nuestro esfuerzo de acción.

Por un momento, en el deslumbramiento de la gran victoria socialista de 1893, en el justo orgullo de la acción creciente ejercida por nosotros, creí en el triunfo total y final más próximo de lo que estaba. ¡Cuántas veces entonces el ciudadano Vaillant me advertía que no me dejase llevar de esta ilusión peligrosa! ¡Cuántas veces entonces nos puso en guardia contra las profecías a breve plazo de Guesde y la mística espera de catástrofes libertadoras! Pero ni aun en este período de esperanza próxima y ardiente, jamás he olvidado la obra de reforma, y siempre me esforzaba en dar a nuestros proyectos una orientación socialista. No veía en ellos solamente paliativos a las miserias presentes, sino un comienzo de organización socialista, gérmenes de comunismo sembrados en tierra capitalista. Cuando yo cogí las cartillas de los aldeanos revolucionarios de 1789 y pedí que el Estado preparase, por el monopolio de importación de los granos, la institución de un servicio público de aprovisionamiento que los sindicatos obreros y aldeanos administrarían con la nación; cuando yo pedí en el extenso debate sobre el azúcar la socialización de las refineries y de las fábricas de azúcar, que serían administradas bajo la inspección de la nación por la clase obrera organizada, contratando para la compra de la remolacha con sindicatos

de productores aldeanos y con obreros agrícolas asegurados con un *mínimum* de salario; cuando yo pedí la expropiación de las minas, cuya dirección hubiese sido confiada a un consejo del trabajo, compuesto de representantes del Estado, representantes de toda la clase obrera y de los obreros mineros, yo no me preocupaba solamente de limitar el poder capitalista y de elevar la condición de los proletarios; me preocupaba sobre todo de introducir en la sociedad actual formas nuevas de propiedad, a la vez nacionales y sindicales, comunistas y proletarias, que hiciesen estallar poco a poco los cuadros del capitalismo.

Inspirado en este espíritu, cuando se fundó la vidriería obrera tomé parte deliberadamente contra los enemigos de Guesde, que, en las reuniones preparatorias celebradas en París, querían que fuese solamente una vidriería para los vidrieros, simple falsificación obrera de la fábrica capitalista. Yo sostuve con todas mis fuerzas a los que querían hacer y han hecho la propiedad común de todas las organizaciones obreras, creando así el tipo de propiedad que se acerca más en la sociedad actual al comunismo proletario. Yo me guiaba siempre por lo que Marx ha llamado admirablemente la *evolución revolucionaria*.

Esta consiste, según mi parecer, en introducir en la sociedad actual formas de propiedad que la contradigan y la sobrepujen, que anuncien y preparen la sociedad nueva y por su fuerza orgánica apresuren la disolución del mundo antiguo. Las reformas no son solamente, a mis ojos, calmantes; son y deben ser preparaciones.

He aquí el pensamiento que me ha animado desde el principio de la lucha. He aquí el método de realización socialista que he practicado durante cinco años de vida parlamentaria, que no fueron más que una larga labor y un largo combate. Y puesto que, en fin, se me obliga a hablar de mí mismo, puesto que se me obliga a defender esta parte de la confianza del pueblo que yo no había conquistado y que no quiero conservar sino en provecho de la Revolución, digo muy alto que he permanecido completamente fiel a este método y a esta idea.

He visto, hace cuatro años, por la odiosa agitación de la ignorancia y de la barbarie, por el triste acomodamiento de las voluntades y de las conciencias, que no bastaba trabajar por el socialismo, sino que era preciso todavía afianzar la libertad republicana quebrantada. Cuando el obrero minero, que hunde su pico en la hulla y la separa bloque a bloque, nota de repente que la galería esta resquebrajada, que los apoyos se doblegan y el techo se hunde, abandona un momento el pico y afianza los apoyos. ¿Se dirá entonces que se ha detenido en su marcha y que ha abandonado el vigoroso instrumento ofensivo? No; al contrario, ha asegurado la continuación y el progreso de su trabajo.

He visto también en Lille, Roubaix, Paris, Carmaux, Rive-de-Gier, que el poder capitalista era grande todavía, más grande y más resistente de lo que Guesde había dicho. Y he comprendido que necesitábamos un largo e inmenso esfuerzo, una larga serie de trabajos, para desarmar los prejuicios más violentos y

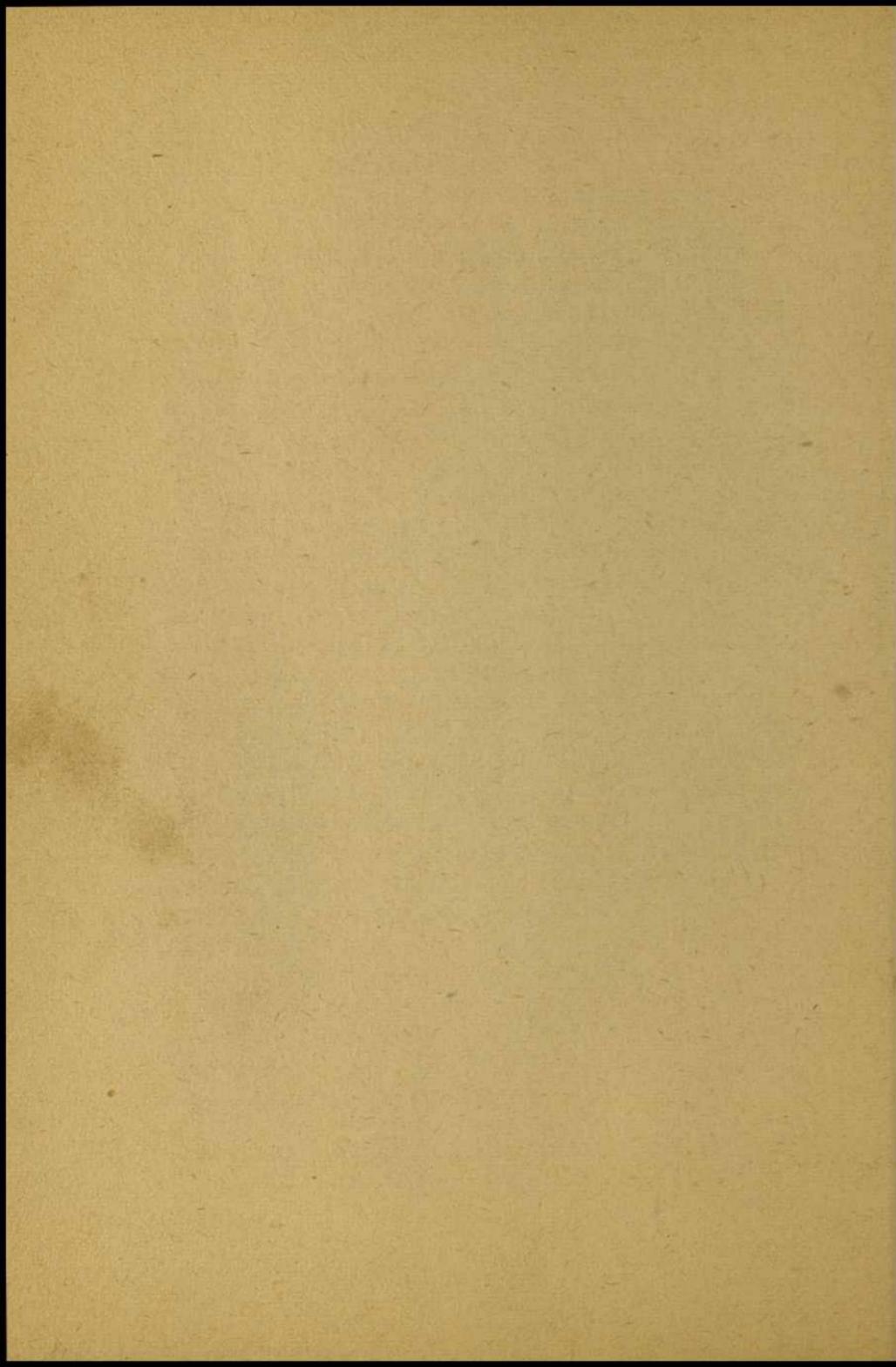
para ganar las conciencias. Y no me ha parecido indiferente, para disipar una parte de los prejuicios hostiles, que la sociedad burguesa se viese obligada en un momento de crisis a llamar a un socialista para que participase del poder. Creo que, suceda lo que quiera, y aun cuando la experiencia no volviera a repetirse, este suceso servirá en un porvenir próximo para la propaganda de todos. He creído, aun a través de circunstancias difíciles, que valía la pena dejar que esta combinación tomase por su duración una importancia histórica. Y pienso también que sería funesto ponerle término febrilmente.

No es solamente por obedecer a las declaraciones de principios de nuestros congresos, sino por efecto de una convicción personal muy meditada, por lo que he dicho claramente que me parecía mal hacer entrar al partido socialista en las próximas combinaciones gubernamentales. Es preciso, en primer lugar, que el partido socialista se dé a sí mismo el tiempo de juzgar a distancia los efectos buenos y malos de la participación. Es preciso que pueda colocar los sucesos en una justa perspectiva. Y es preciso también que guarde todo su esfuerzo para desplegar ante el Parlamento y ante el país su programa de acción aumentado y renovado. Lo hará con la autoridad que le da ahora el papel decisivo representado por él en las grandes crisis de la libertad y de la nación. Lo hará ante los espíritus menos brutalmente prevenidos y más abiertos a las libertades nuevas. Lo hará sin dejar de preocuparse un solo momento de las pequeñas reformas que pueda obtener del

gobierno republicano, sin esterilizar por una oposición sistemática el ministerio donde no esté representado, pero con el cuidado de dar siempre la medida de su pensamiento.

Ha llegado, en efecto, la hora en que el problema de la propiedad puede y debe ser llevado al Parlamento, no por simples declaraciones teóricas, sino por vastos proyectos precisos y prácticos, en que la socialización necesaria y rápida de una gran parte de la propiedad capitalista, industrial y agrícola tome una forma jurídica y económica definida. Ha llegado la hora de colocar a los partidos políticos burgueses, no ya enfrente de fórmulas generales, sino enfrente de un programa de acción profundo y vasto que plantee verdaderamente la cuestión de la propiedad y que represente científicamente todo el alcance del pensamiento socialista.

Es mi más justo orgullo el haberme preparado sin tregua para esta gran obra. He trabajado lo mismo cuando me han ultrajado que cuando me han aclamado. Y tengo la seguridad de que el fruto de esta labor no se perderá para el proletariado.



El movimiento Rural

El movimiento económico no reviste en el campo la misma forma que en la ciudad. En primer lugar, la población rural disminuye, mientras que la población urbana crece. En segundo lugar, y esto es muy importante, aquella disminución recae principalmente sobre el proletariado rural. Es claro que los desposeídos, los jornaleros, los hijos de los colonos, son los que se ven arrastrados hacia las ciudades. Los pequeños propietarios están más fuertemente adheridos al suelo.

En fin, el efecto de la máquina es exactamente el contrario en el campo que en la ciudad. En la industria, la máquina suprime algunas veces los brazos, pero esto no es más que momentáneamente; suscita formas nuevas de actividad, y de este modo, a medida que se desenvuelve el maquinismo, aumenta también la cifra de la población obrera. Y transformándose los pequeños artesanos en proletarios, el efecto de la máquina es aumentar el proletariado industrial. En el orden agrícola, al contrario, la máquina sembradora, segadora, gavilladora y trilladora suprime pura y simplemente los brazos. Y de este modo elimina los proletarios. Los pequeños propieta-

rios no son suprimidos por el maquinismo como los artesanos. La máquina agrícola se adapta cada vez más a la pequeña propiedad, y lejos de destruirla le ahorra los gastos de mano de obra que tenía que hacer, por ejemplo, para la siega.

Siendo cada vez más raro el proletariado rural, el crecimiento de la gran propiedad se encuentra naturalmente detenido. Y esto explica el estado casi estacionario de la propiedad agrícola en Francia.

En el notable estudio que Gabriel Deville ha hecho de la propiedad rural, habla de un movimiento de concentración, aunque lento y poco marcado. Muchas causas parece deberían obrar en el sentido de la gran propiedad. Es natural, por ejemplo, que los capitalistas urbanos se inclinen a consolidar en tierras una pequeña parte de su fortuna creciente. Además, hay ramas de la producción agrícola que se industrializan cada vez más, como el cultivo de la remolacha, y que parecen deber sufrir la ley de agrupación de la industria.

Pero en muchas regiones la escasez de la mano de obra, la disminución del proletariado rural, neutralizan todas estas fuerzas de desenvolvimiento de la gran propiedad. Esta, naturalmente, tiene necesidad de una mano de obra siempre disponible. Hay regiones enteras donde los jornaleros han desaparecido, donde las familias de los colonos son justamente las necesarias para la explotación de los dominios burgueses actualmente constituidos, y donde los pequeños propietarios que no tienen más que un hijo no trabajan nunca fuera de su pequeño dominio.

Esto es literalmente verdad en la llanura de Albi. Y en el viñerío, alrededor de Galliac, la gran propiedad tiende a disminuir. Gran número de propietarios poseen bastantes viñas para emplear en ellas todo su trabajo. Hay un tercio de población sin propiedades. Son éstos o proletarios que no tienen nada, o individuos que no poseen más que un ínfimo trozo de viña, insuficiente para ocupar sus brazos y hacerles vivir. Pero este tercio de desposeídos tiene más bien tendencia a decrecer, y como por su número relativamente escaso y casi siempre decreciente, estos obreros rurales están en mejores condiciones de defender sus salarios y han obtenido desde hace algunos años un salario más alto, la gran propiedad no se atreve a extenderse más por miedo de tener que contar con una mano de obra muy rara y, por consiguiente, muy poderosa.

Debe notarse que no pretendo que estos rasgos se apliquen a todas las regiones agrícolas de Francia. Pero son verdad en una extensión bastante grande. He aquí las consecuencias sociales de este estado económico:

En primer lugar, parece difícil instituir un poderoso movimiento proletario en las regiones donde la substancia misma de este movimiento, es decir, el proletariado, tiene tendencia a decrecer. Ya sé que en el Mediodía los colonos son aún numerosos. Y sin duda comienzan a tener un espíritu de clase. Empiezan a comprender que es posible una organización social donde no estén reducidos a percibir la mitad de los frutos del suelo. Pero este instinto de clase es con frecuencia incierto y confuso. No son simples proletarios: po-

seen una parte del capital agrícola, bestias, máquinas, abonos y forrajes. Y en fin, como llevan al mercado la parte de sus consumos que no consumen, tienen en este punto el mismo interés de los propietarios de tierras en que el precio corriente del ganado, del trigo, del vino, sea suficientemente elevado. De este modo, su interés *inmediato* no está en oposición con el interés de la clase poseedora y muchos colonos han sido fácilmente envueltos en el movimiento proteccionista. En todo caso, una región donde no hay casi jornaleros, asalariados agrícolas, propiamente dichos, y donde casi toda la población rural está compuesta o de colonos o de pequeños propietarios, es poco favorable a un movimiento puro y exclusivamente proletario. Existen también regiones, como la de Gaillac, donde hay dos tercios de poseedores y un tercio solamente de desposeídos; donde este tercio se preocupa, sobre todo, de llegar a ser propietario a su vez, y donde esta pretensión no es absolutamente quimérica.

Pero si los grandes movimientos proletarios son allí más difíciles de suscitar que en otras partes, puede decirse que serían de una eficacia extraordinaria. Precisamente porque la mano de obra se hace rara, podría fácilmente llegar a ser soberana. No hay ejército de reserva a que pueda recurrir la propiedad burguesa. Esta, en ciertas viñerías, está a merced de la coalición de un número bastante escaso de asalariados. Y si algunas familias de colonos conocidos, estimados, y que sería imposible reemplazar, se entendiesen en tal o cual región, sería difícil a la propiedad bur-

guesa no aceptar ciertas cláusulas de trabajo más favorables a los colonos.

Es verdad que muchos propietarios burgueses preferirían renunciar al cultivo y dejar durante un año sus dominios sin sembrar antes que renunciar a una parte de sus rentas territoriales, a menudo bastante escasas. Pero se produciría una crisis económica y social aguda, de donde brotaría un gran sacudimiento. De suerte que la reducción del proletariado constituye una amenaza para la propiedad territorial burguesa, como el crecimiento y la aglomeración del proletariado industrial constituyen una amenaza para la propiedad capitalista industrial. Por ambos lados no hay salida más que para una forma nueva de propiedad y de sociedad.

* * *

Marx ha dicho que la Revolución social se haría fácilmente si pudiese indemnizar a los detentadores actuales del capital. Quería decir con esto que el socialismo revolucionario tenía interés en evitar la exasperación suprema de la vieja sociedad expropiada y las grandes convulsiones destructoras de la riqueza. Es tiempo todavía, para la transformación de la propiedad rural, de recurrir a procedimientos amigables. El Estado, los ayuntamientos, las cooperativas, podrían, sea por obligaciones amortizadas rápidamente, sea por asignaciones sobre los productos agrícolas concentrados en los almacenes comunales, cooperativos y sociales, comenzar la transformación de la gran propiedad territorial en propiedad social.

con un triple carácter nacional, comunal y sindical.

Los pequeños propietarios no se asustarían de ningún modo por esta transformación, que no les amenazaría y que tendría formas jurídicas. Y pronto se unirían por lazos voluntarios al gran centro de acción formado por la propiedad comunal o cooperativa. Se producen en este momento en su espíritu modificaciones lentas, poco sensibles, pero cuyo efecto, a la larga, será decisivo. Por de pronto tienen mucha más fe en la ciencia que en otro tiempo. Y se les ve acudir a la química agrícola y al maquinismo. Y tienen la viva persuasión de que no se detendrán ya en este camino. Han podido conciliar su antigua pasión de la tierra y de la propiedad individual con el cuidado de los progresos técnicos, pues estos progresos son aplicables en los límites de la pequeña propiedad. Está claro que empeñados en este camino no pueden ya retroceder y que si en el porvenir la aplicación perfecta del maquinismo exigiese de su parte una cierta renuncia al rigor del derecho individual, a los hábitos estrechos del cultivo parcelario, serían llevados, yo lo aseguro, más allá de su individualismo cerrado por la fuerza misma del movimiento científico al cual se han entregado.

El aldeano propietario hácese colectivista casi sin saberlo para la venta. Está cada vez más sometido a formidables crisis de precios. Esto sucedía hace algunos años con el trigo. Y también el admirable renacimiento de la viña produce el efecto terrible y paradójal de arruinar a los viñadores. Evidentemente se ha

hecho necesaria una gran baja de precios por la fecundidad de la planta americana injertada, por la excedencia de dos cosechas sucesivas. Esta baja de precios, si se hubiese sostenido en límites justos, hubiera sido buena para todos. Pero nuestro sistema económico y social está tan desorganizado, que la baja de repente precipitada a un grado increíble ha perjudicado a los productores viticultores, arruinados por la abundancia misma del producto. Por esta razón los productores aldeanos aspiran a librarse de estos desórdenes ruidosos del mercado. Y si el trigo y el vino fuesen adquiridos por federaciones de cooperativas y por federaciones de ayuntamientos; si el pueblo estuviese determinado por la abundancia de la cosecha, los gastos de explotación científica y de perfeccionamiento y el salario normal de los trabajadores empleados en el cultivo, los propietarios aldeanos, libres de la especulación, del parasitismo mercantil, de la anarquía del mercado, trabajarían con la alegre certidumbre de una remuneración justa. Este colectivismo de cambio no les asusta.

De este modo el sistema actual de la propiedad territorial está trabajado por causas profundas de revolución. Que los socialistas desarrollen las cooperativas de consumo; que les propongan como uno de sus fines más importantes la adquisición de vastos dominios rurales donde aquéllas se aprovisionen en parte; que organicen los sindicatos de proletarios rurales; que propaguen en los campos la idea de un servicio público de aprovisionamiento; que por los ayuntamientos y las coo-

perativas se substituyan a la especulación de los trigos, a la gran molinería, al gran negocio de los vinos; que den a los aldeanos, a los asalariados, a los colonos, a los pequeños propietarios, la noción exacta del papel inmenso que debería representar el ayuntamiento en la vida económica; que unan así las necesidades de los tiempos nuevos al recuerdo persistente de la propiedad comunal de otra época primitiva y rudimentaria; que impregnen poco a poco de espíritu comunal socialista las municipalidades rurales, y la Francia agrícola evolucionará de un modo pujante hacia un comunismo vivo y libre en que el trabajo será soberano, en que todas las energías individuales se desplegarán sin trabas y sin conflicto en la armonía y la justicia.

Evolución revolucionaria

En cincuenta años

Cuando la revolución de 1848 fué sofocada en todas partes, en Francia, en Alemania, en Italia, en Austria y Hungría; cuando el proletariado fué vencido por la burguesía y la burguesía liberal por la reacción, habiendo perdido el partido comunista y proletario, la libertad de la prensa y la libertad de reunión, es decir, todos los medios legales de conquista, vióse obligado a ocultarse y a organizarse en sociedades secretas.

Así se constituyó una sociedad comunista alemana, cuyo comité central, en 1850, residía en Londres. Naturalmente, en estas pequeñas sociedades, obscuras y exaltadas, agriadas por la derrota, impacientes de revancha y enloquecidas por la ausencia misma del contrapeso de la vida, abundaban los planes pueriles de conspiración. Marx, que formaba parte de este comité central, había conservado en la derrota toda su lucidez, su amplio concepto de la vida, de sus complicaciones y de sus evoluciones. Resistía a los proyectos infantiles y calmaba las efervescencias. Pero llegó un día en que

tuvo que romper. Y el 15 de septiembre de 1850 se retiró del comité central de Londres. Justificó esta decisión por una declaración escrita, inserta en el proceso verbal del comité, y que decía:

«En lugar de la concepción crítica, la minoría pone una dogmática; en lugar de ser las relaciones verdaderas es la *simple voluntad* la que se convierte en el motor de la revolución. Mientras que nosotros decimos a los obreros: «Es preciso que paséis quince, veinte y cincuenta años de guerras civiles y de guerras entre pueblos, no solamente para cambiar las relaciones existentes, sino para cambiaros a vosotros mismos y para haceros capaces del poder político», vosotros decís al contrario: «Debemos llegar inmediatamente al poder o abandonarlo todo.» Cuando nosotros llamamos la atención de los obreros alemanes sobre el estado informe del proletariado de Alemania, vosotros aduláis del modo más grosero el sentimiento nacional y el prejuicio corporativo de los artesanos alemanes, lo que, sin duda alguna, es más popular. Lo mismo que los demócratas han hecho de la palabra *pueblo* un ser sagrado, vosotros hacéis otro tanto de la palabra *proletariado*. Como los demócratas, sustituís a la evolución revolucionaria la frase revolucionaria.»

Lo repito: es Marx el que habla. ¡Cincuenta años! el plazo que Marx asignaba a los obreros, no para instaurar el comunismo, sino para hacerse capaces del poder político, acaba de expirar. ¿En qué guerras exteriores y civiles pensaba Marx en 1850? ¿Por qué pruebas pensaba él que debían pasar el proletariado y

Europa para que la clase obrera llegase a la madurez política? Contaba, sin duda, entre las guerras exteriores necesarias, la lucha de Europa occidental contra Rusia. Era Rusia la que se había convertido en Europa en el gran instrumento de la reacción, y le parecía a Marx que sería imposible toda revolución en la Europa occidental mientras que no fuese derrocado el zarismo. Por este motivo, cuando estalló la guerra de Crimea, la saludó con júbilo: en sus cartas sobre la cuestión de Oriente, incita al ministerio liberal inglés, demasiado calmoso, según él, a empeñar la batalla. Rusia no fué aplastada y la revolución social europea no brotó de la guerra de Crimea, como por un momento había esperado Marx, contagiado a su vez por la fiebre de impaciencia y de ilusión que en 1850 reprochaba a sus colegas del comité de Londres. Y sin embargo, la guerra de Crimea quebrantó en Rusia el viejo sistema. Por esta parte, el formidable obstáculo que Marx temía está, si no destruído, al menos debilitado. Me parece dudoso que si estallase en toda la Europa occidental una revolución socialista, si el proletariado fuese un momento dueño del poder en París, en Viena, en Roma, en Berlín y en Bruselas, como la democracia fué dueña en 1848, que Rusia pudiese intervenir para sofocar el movimiento tan eficazmente como en 1848 y 1849. No sé si la fuerza reunida de los estudiantes y de los obreros socialistas rusos bastará aún en mucho tiempo para imponer al zarismo una Constitución liberal. Pero el zarismo, contrariado por multitud de resistencias interiores y preocupado sin duda en asegurarse, no podría desple-

gar en Europa la acción exterior que desplegó hace medio siglo. No obstante, todo lo que el zarismo ha querido impedir en 1848 se ha realizado, o al menos está muy cerca de cumplirse. Rusia había querido mantener a Italia fraccionada bajo el yugo del extranjero: hoy está libre de Austria y libre del Papa. Y la clase obrera conviértese en una de las principales fuerzas de vida de la nación resucitada. Rusia había querido impedir el establecimiento de la democracia en Francia, ni aun bajo la forma napoleónica. Hoy está instalada la democracia republicana en Francia y desde ahora es invencible. La acción económica y política de la clase obrera organizada crece allí lentamente, pero con seguridad. En Bélgica la Constitución se inclina cada vez más hacia la democracia y el proletariado acerca su mano al sufragio universal. En Alemania, por una de esas maravillosas ironías de la historia que atestiguan la fuerza invencible de la democracia, se puede decir que Rusia ha servido sin quererlo al advenimiento del sufragio universal y del socialismo. Porque Bismarck unificaba la Alemania en provecho de la Prusia monárquica y absolutista, el zarismo secundó dos veces los designios de Bismarck con una neutralidad complaciente: una vez en 1866, contra Austria; otra, en 1870, contra la Francia. Bismarck, a pesar de todo, no podía unir a Alemania más que por el lazo del sufragio universal, y tuvo que hacer de él como el anillo de oro del nuevo imperio. Además, la clase obrera alemana, que no podía adquirir plena conciencia de su unidad por consecuencia de su existencia de clase en una

Alemania particularista y fraccionada, ha desarrollado su amplia acción política sobre el amplio terreno de la Alemania unificada.

En suma, el crecimiento de la democracia en los Estados de la Europa occidental ha impedido e impide toda intervención violenta de los poderes de opresión. No es por explosión repentina como la democracia toma posesión de los Estados y como el socialismo toma posesión de la democracia. Las leyes por las cuales de 1860 a 1885 ha conquistado Inglaterra casi el sufragio universal, son tan profundas como revoluciones, y sin embargo, fuera de los eruditos, nadie conoce su fecha precisa. Es como una florescencia silenciosa. El nuevo papel de las clases obrera y campesina en la vida nacional y gubernamental italiana es también el equivalente pacífico de una revolución: es otro *risorgimento*. Y lo mismo el avance múltiple del proletariado francés. El zarismo puede contrariar y amortiguar todos estos movimientos. Puede por su diplomacia, a la vez sutil y pesada, envolver a los gobiernos; pero no puede detener el irresistible movimiento de las naciones hacia la completa democracia y el irresistible crecimiento de la clase obrera en las democracias.

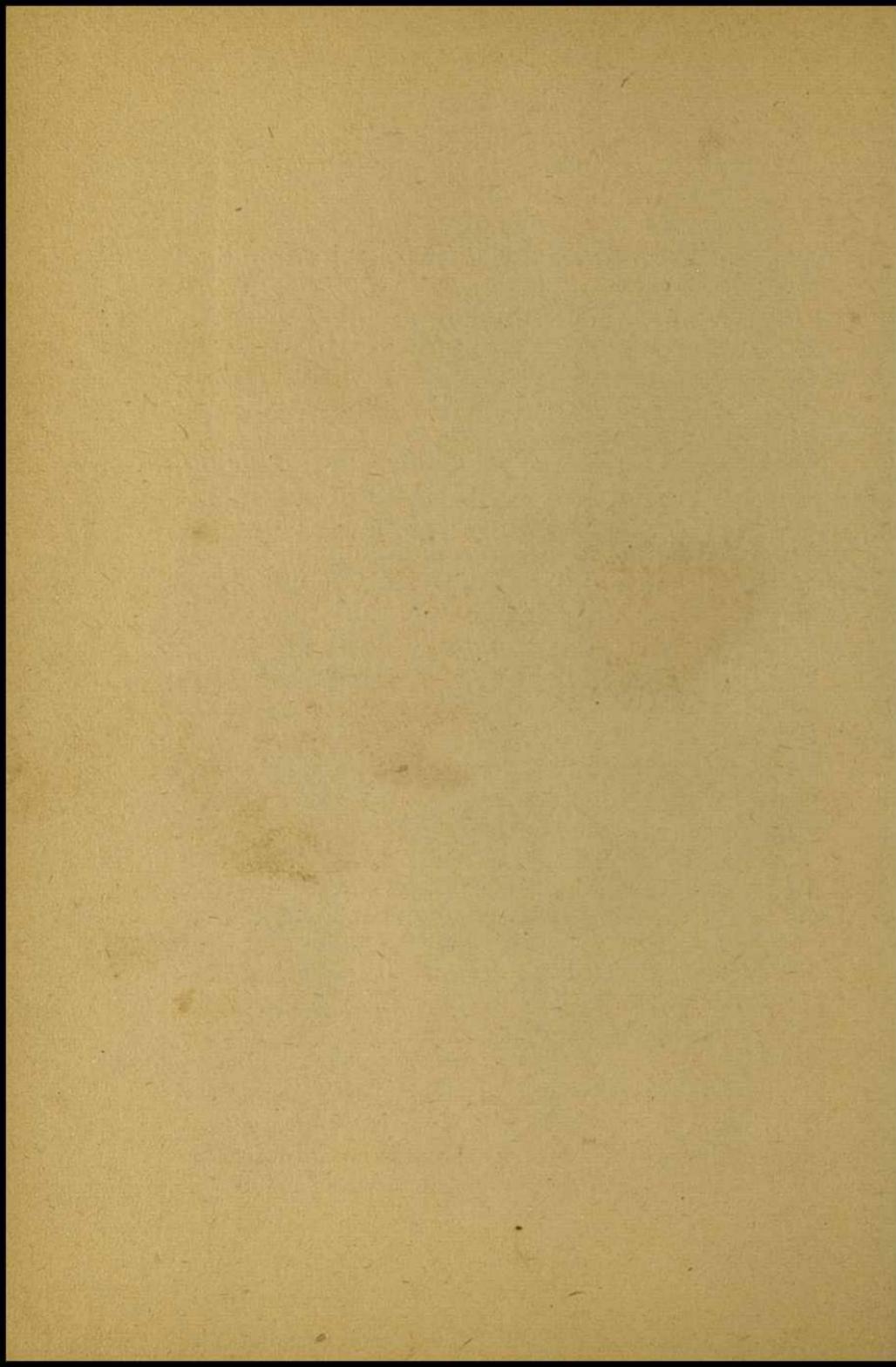
Así el obstáculo que, según Marx, debía desaparecer antes de que la clase obrera fuese capaz de apoderarse del poder político en Europa, no ha sido vencido, pero ha disminuido y cambiado. Ha sido disminuido por la guerra de Crimea, que ha inmovilizado durante largos años a la autocracia rusa, y que ha permitido cuatro años después, en 1859, la resurrección de la nación italiana. Ha cambia-

do por la sutileza de la historia, que ha desar-
mado las desconfianzas del zarismo, suscitando un comienzo de democracia alemana bajo los auspicios del absolutismo prusiano. Está minado por la fuerza creciente de la clase obrera y del liberalismo rusos. Y en fin, está eliminado y como reducido a nada por la continuidad misma del crecimiento democrático y socialista en toda Europa, que se afirma sin crisis de guerra.

¿En qué otras guerras exteriores o civiles pensaba Marx? Sin duda en las guerras que libertarían a Italia y que unificarían a Alemania, que la débil burguesía del Parlamento de Francfort no había sabido unir por la libertad. Quizás también había acogido el pensamiento de Engels que, viajando por Francia después de las jornadas de junio de 1848, escribía en sus notas de viaje que el socialismo en Francia sólo triunfaría por una guerra civil de los obreros contra los aldeanos. Felizmente, ni es así ni lo será nunca. La Commune de 1871 fué una heroica lucha de los obreros republicanos y en parte socialistas de París contra los *rurales*. Pero estos rurales no eran los pequeños propietarios campesinos; eran los hidalguillos descendientes de los señores feudales. La democracia de los pequeños propietarios no ha tardado en aceptar, en aclamar la República. No es ella la que empenó la batalla. No hay sangre entre el socialismo obrero y los campesinos. No la habrá. Y de nosotros depende que no haya equivocaciones, que la democracia rural venga poco a poco al socialismo, como ha venido a la República. En el último medio siglo transcurrido, a través

de las pruebas de las grandes guerras, exteriores o civiles, y más todavía por la acción lenta y continua de las cosas, por esta magnífica *evolución revolucionaria* que Marx anunciaba, la condición primera de la acción política obrera se ha realizado. Esta condición primordial era la constitución en toda Europa de grandes naciones autónomas, libres de la opresión moscovita, y habiendo llegado o tendiendo enérgicamente a la democracia y al sufragio universal.

Ahora que se ha realizado esta condición, la clase obrera de Europa, y particularmente la clase obrera de Francia, tiene la cantera y el instrumento. De aquí a la conclusión de la obra falta mucho tiempo. Hoy, como hace medio siglo, es preciso tener cuidado con la *frase revolucionaria* y comprender profundamente las leyes de la *evolución revolucionaria* en los tiempos nuevos.



Palabras de Liebknecht

El 7 de agosto, primer aniversario de la muerte de Liebknecht, el *Vorwaerts* publicó algunos fragmentos suyos de gran interés.

Como la mayor parte de los periodistas militantes, Liebknecht estaba obligado a difundir su pensamiento, a responder punto por punto a los sucesos del día. Pero como otros muchos, tenía el deseo de fijar en una obra meditada y duradera la esencia de su pensamiento. Sus amigos han encontrado entre sus papeles un manuscrito incompleto, donde había comenzado, en 1881, a responder a la gran pregunta: *¿Cómo se realizará el socialismo?* Esta obra demuestra una admirable valentía, pues es en el mismo momento en que la ley de estado de sitio y el poder todavía intacto de Bismarck pesaba más terriblemente sobre el partido socialista, cuando Liebknecht se preguntaba, no si el socialismo triunfaría, sino cómo triunfaría. Y esta obra demuestra, al mismo tiempo, un sentido vivo y claro de las dificultades, de las transiciones y de las evoluciones necesarias.

He aquí un fragmento de suma importancia: *Realización del socialismo; ¿qué medidas deberá tomar el partido socialista si, en un porvenir*

próximo, conquista una influencia suficiente en la legislación?

«Es —escribe Liebknecht— una pregunta que se nos hace, y a la cual quiero contestar. Pero para contestar bien a una pregunta, es preciso, en primer término, formarla bien. O la pregunta precedente no está bien hecha, o no es al menos bastante precisa. Es natural que las medidas que han de tomarse dependen esencialmente de las circunstancias en las cuales el partido socialista conquistó una influencia apreciable en la legislación. Es posible, y también muy verosímil, que el príncipe de Bismarck, si permanece todavía algún tiempo en el poder, tenga el mismo fin que su modelo y maestro Luis Napoleón de Francia. Alguna catástrofe originada por él puede romper la máquina del Estado y *llamar nuestro partido al gobierno, o por lo menos en el gobierno.*»

Traduzco lo más literalmente posible. Esto significa que Liebknecht prevé, después de una gran catástrofe nacional, la toma de posesión total o *parcial* del poder por el partido socialista.

«Esta catástrofe puede ser la consecuencia de una guerra desgraciada o de una explosión de descontento que el sistema dominante no podrá sofocar. Si se produce una u otra de estas alternativas, nuestro partido tomará, naturalmente, otras medidas y seguirá otra táctica que si conquista una influencia apreciable sin necesidad de semejante catástrofe.

»Puede pensarse, aunque no conviene contar con ello, que en las altas esferas se comprenderá el peligro y que se procurará, por la

entrada en escena de reformas inteligentes, prevenir una catástrofe, de otro modo inevitable.

»En este caso nuestro partido sería necesariamente llamado a participar del gobierno, y particularmente se le encargaría mejorar las condiciones del trabajo. No entraremos más en el terreno de las probabilidades; las que hemos presentado bastan para mostrar que el modo de nuestra acción dependería de las circunstancias en las cuales habríamos conquistado «una influencia apreciable».

»¿Pero qué se entiende por una influencia apreciable o suficiente? ¿Se trata de una influencia exclusiva? ¿De la posibilidad para nosotros de aplicar nuestros principios sin otras limitaciones que las que nos impondría el mismo estado económico? ¿Significa esto, en otros términos, que nosotros tendremos a la mano el poder gubernamental? ¿O significa simplemente que tendremos influencia sobre un gobierno formado por completo o *en gran parte* por los otros partidos?

»En este último caso deberíamos, no hay que decirlo, obrar de otro modo que en el primero.

»Y en el fondo de cada una de las probabilidades bosquejadas por nosotros hay gradaciones sin número y matices cada uno de los cuales determina un modo diferente de acción.»

Así, pues, según escribía Liebknecht en 1881, hay dos grandes hipótesis sobre el advenimiento al poder del partido socialista alemán.

O bien será llamado por una gran crisis,

por un cataclismo nacional, por una guerra desgraciada, por una explosión de miseria, por una tormenta, en fin, que barra los poderes antiguos y deje necesariamente espacio a los poderes nuevos. En este caso la acción del partido socialista será, particularmente, enérgica. Sobre las ruinas de la institución imperial y de los partidos del imperio se levantará con fuerza, lleno de entusiasmo. Y sin duda, a favor de esta gran conmoción, hará de repente por el pueblo y por el proletariado más de lo que haría si fuese llamado a participar del poder por la lenta evolución de las instituciones del imperio hacia la política de reformas.

Pero ni aun entonces, ni aun en el caso de que una gran conmoción interior o exterior derribase los poderes conservadores y diese paso a la fuerza del pueblo, no es seguro para Liebknecht que el partido socialista tenga todo el poder. «Los sucesos —dice— lo llamarán al gobierno o a participar del gobierno.» (*AN oder doch IN die Regierung.*) Puede ser que tome posesión del poder por completo. Puede ser que aun después de una crisis revolucionaria se vea obligado a compartirlo con otros partidos democráticos. Después del 4 de septiembre alemán, el partido socialista tendrá en Alemania una parte de poder mucho mayor que la que ha tenido en Francia después del 4 de septiembre francés. Pero Liebknecht no asegura que tendrá todo el poder, todo el gobierno. Es posible que se vea obligado a reservar una parte a la democracia burguesa. ¿Dónde está, pues, el gobierno *de clase*?

Pero hay una segunda hipótesis: es aquella

en que los poderes directores de Alemania, comprendiendo el peligro, prevendrán la catástrofe por una política de reformas.

«En este caso —dice Liebknecht—, nuestro partido debería ser llamado a tomar parte en el gobierno, y especialmente encargado de mejorar las condiciones del trabajo.»

Así no se trata, para Liebknecht, en esta evolución política y social, de la toma de posesión completa del poder por el partido socialista. Liebknecht no puede imaginarse, y no se imagina, en efecto, que bajo el imperio, bajo un Guillermo I, o un Guillermo II, o un Guillermo III, el partido socialista recibirá de repente todo el poder que quizás después de la caída violenta del imperio no podrá obtener por completo. No; es solamente una parte del poder, una parte del gobierno, lo que las *altas regiones* confiarán al partido socialista. Y a los ojos de Liebknecht hay en ello una necesidad absoluta. Para que la política de reformas sea posible, para que sea eficaz, para que inspire confianza al pueblo alemán, es preciso que el partido socialista contribuya a dirigirla. Es preciso que esté representado en el gobierno y que allí obre. Liebknecht llega a designar, aproximadamente, el ministerio que deberá ocupar, y éste se parece mucho a un ministerio del Trabajo propuesto por el ciudadano Vaillant, o al ministerio del Comercio ocupado por el ciudadano Millerand. Y Liebknecht dice con razón que habrá gradaciones, matices, modalidades sin fin, en esta participación del socialismo en el poder. Según que el partido socialista sea más o menos poderoso, según que ejerza una influencia más profunda o inspire

un temor más vivo, su participación en el poder será más o menos extensa y más o menos efectiva. Su acción sobre el total del gobierno no socialista, al cual estará asociado para una obra de reforma, será más o menos decisiva y las mismas reformas tendrán un alcance socialista más o menos grande, un carácter proletario más o menos marcado.

* * *

Jamás se lanzó ojeada más amplia sobre el porvenir, y yo considero la publicación de estas páginas póstumas de Liebknecht como un suceso capital en la vida pública y social de Alemania, en la vida del socialismo universal.

Notad que Liebknecht prevé esta participación en el poder del partido socialista bajo el imperio. En 1881, bajo el estado de sitio implantado por Bismarck, bajo la coalición de casi todos los partidos contra el socialismo, Liebknecht, en su pensamiento atrevido y sereno, asegura que los socialistas serán llamados al poder, que los mismos emperadores se verán obligados a llamarles, y que los socialistas no rechazarán esta revancha parcial, no se negarán a esta obra parcial. Dispuestos a sacar el mayor partido de la Revolución si se desencadenase por algún cataclismo nacional, están dispuestos a entrar en la evolución si bajo la forma de evolución se cumplen los destinos. Están dispuestos, en el interés de la nación y en el interés del proletariado, a ser ministros del kaiser.

¿Por qué fenómeno extraordinario, por qué razón inexplicable el hombre que, en 1881, en

pleno horror de combate revolucionario había pensado, meditado, escrito estas páginas, por qué prodigioso descubrimiento de ideas este mismo hombre ha condenado también ásperamente la entrada de un socialista francés en un gobierno burgués?

Yo me aventuro a conjeturar que su error acerca del asunto Dreyfus había falseado su vista para apreciar los sucesos que fueron su consecuencia. Casi él solo, en la democracia socialista alemana, había juzgado mal el fondo del asunto y había desconocido su sentido político y social: cuando se encastillaba en una idea y emprendía un camino, perseveraba en él con una inflexibilidad que aumentaba su aislamiento. Cuanto más solo estaba, más se obstinaba en tener razón: era el reverso inevitable de sus cualidades de firmeza, de entusiasmo y de confianza. Todo lo que se unía por un lazo histórico a una agitación que había desaprobado le era sospechoso o importuno. Por eso al aplicarse en Francia su método de 1881, en circunstancias que le irritaban, no reconoció en la marcha de las cosas su propio pensamiento.

¿Tratará alguien de disminuir su valor diciendo que no había publicado su obra? Embargado por el torbellino de la acción, agobiado por las tareas cotidianas, no la había acabado. Pero ni la destruyó ni la negó. Quizás había juzgado que sería imprudente entregar al enemigo el secreto de su pensamiento, de la táctica entrevista para el porvenir. Quizás estuviese algo desconcertado por los sucesos que siguieron a la caída de Bismarck. Este gran enemigo del canciller hábale siempre

concedido excesiva importancia. Creía que Bismarck arrastraría al imperio al abismo y lo precipitaría en alguna catástrofe nacional. Bismarck fué despedido en la extrema vejez sin haber comprometido con una sola imprudencia la paz de Europa y la solidez del imperio. Liebknecht se imaginaba que en Bismarck residía, con todo el peligro, toda la fuerza del imperio. Caído Bismarck, la institución quedaba sin apoyo y tenía que inclinarse a un régimen de transacción en que las fuerzas socialistas y populares se desarrollarían hasta penetrar en el poder. Pero Guillermo II, después de haber despedido a Bismarck, supo sostener el imperio con un carácter autocrático y conservador, y el partido socialista permaneció en el estado de oposición violenta e irreductible. ¿Para qué trazar entonces este programa de acción, de realización, en un tiempo que continuaba siendo de combate a *ultranza*, defensivo y ofensivo? Esto explica, sin duda, que Liebknecht no haya dado a luz esta obra tan importante, que revela una gran fase de su pensamiento. Lo confieso: leyendo esas líneas tan claras, tan enérgicas, sentía vivamente que no hubiesen sido conocidas por el Congreso internacional de París de 1900. Este aclamó con una especie de piedad la gran memoria de Liebknecht; quizás algunas palabras duras se hubiesen suavizado si se hubiera sabido que herían al mismo Liebknecht.

El socialismo y los privilegiados

Cierto; el partido socialista no debe ser el eco confuso de intereses discordantes; no debe consagrar su pensamiento al desorden del mundo presente. Debe someter al pueblo un plan definido de medios precisos de evolución hacia un fin claro. Pero en este plan, en este programa, debe tener muy en cuenta la diversidad de los elementos, de las pasiones, de los intereses y prejuicios.

He aquí las palabras textuales de Liebknecht:

«Por muy necesario que sea dejar a todos los grupos la mayor libertad posible para que manifiesten sus miras y sus necesidades y admitir al pueblo en la más amplia medida posible a colaborar en la legislación, sería una locura del gobierno y del socialismo abandonar a la iniciativa del pueblo toda la legislación.

»El socialismo debe tener un plan determinado, fácil de conocer, y someterlo a la representación del pueblo, a las representaciones diversas de los intereses.

»La democracia socialista se distingue de los otros partidos en que su actividad no se

limita a algunos aspectos de la vida del Estado y de la vida social, sino que abarca igualmente todos los aspectos y se esfuerza por la reconciliación de los antagonismos entre el Estado y la sociedad y por realizar el orden, la paz y la armonía.

»No es un partido de grandes propietarios y de nobles, y por consiguiente no tiene necesidad de servir sus intereses como el partido conservador.

»No es un partido de la burguesía en sus diferentes ramas, y por consiguiente no está al servicio de los intereses particulares y de los gustos de dominación de la burguesía, como el partido nacional liberal y el partido progresista.

»No es un partido de la casta sacerdotal, y por consiguiente no está al servicio de los intereses particulares y del afán de dominación de la casta de los curas, como el centro católico y la fracción protestante del cristianismo social a lo Stoecker.

»Es el partido de todo el pueblo, a excepción de doscientos mil grandes propietarios, hidalgos, burgueses y curas.

»Es, pues al pueblo hacia donde debe volverse, y en seguida que la ocasión se le ofrezca, suministrarle, por proposiciones prácticas y proyectos de ley de un interés general, la prueba del hecho que el bien del pueblo es su único fin y la voluntad del pueblo su única regla.

»Sin violentar jamás a nadie, pero con un firme propósito y un fin inmutable, debe recorrer el camino de la legislación.

»Aun aquel que hoy disfruta de privilegios y de monopolios debe saber que no meditamos medi-

das violentas, repentinas, contra situaciones sancionadas por la ley, y que estamos resueltos en interés de una evolución tranquila y pacífica a realizar el paso de la injusticia legal con el mayor miramiento posible para las personas y la condición de los privilegiados y los monopolizadores.

»Reconocemos que sería injusto hacer a los que se han creado una situación privilegiada con el punto de apoyo de una legislación mala, personalmente responsables de esta legislación y castigarlos.

»Declaramos expresamente que es, según nuestro parecer, un deber del Estado dar a los que pueden ser lesionados en sus intereses por la abolición necesaria de las leyes nocivas al interés común una indemnización que sea posible y conciliable con el interés del conjunto.

»Tenemos de los deberes del Estado hacia los individuos una idea más alta que los adversarios, y no nos separaremos de ellos aun cuando sean enemigos nuestros los que tengamos enfrente.»

No cito estas hermosas palabras para cubrir con una autoridad revolucionaria la política socialista que yo profeso. El partido socialista sería muy miserable y muy cobarde si cada uno de nosotros no expusiese todo su pensamiento apoyado en la razón.

No; nosotros no tenemos necesidad de la autoridad de nadie, de la protección de nadie, para indagar en compañía del proletariado cuál es el camino mejor, cuál es el camino más ancho, más luminoso, más expedito y más rápido.

Y a decir verdad, creo que en el espíritu mismo de Liebknecht estas grandes ideas tan nobles y tan prácticas estaban contrarrestadas

y obscurecidas por muchas ideas diferentes y aun opuestas para que hayan podido obrar útil y profundamente. Creo que ha llegado la hora de meditarlas y de hacer de ellas, no un accesorio brillante, sino el fondo mismo y la substancia de nuestra política y de nuestro pensamiento. Creo que si el partido socialista no dejase estos grandes pensamientos en el estado de fórmula general, si los realizase en un programa preciso de evolución justa y amplia hacia un comunismo bien definido, si diese la impresión de que es a la vez generoso y práctico, ardiente en el combate y amigo de la paz, firme contra las instituciones inicuas, decidido a derrocarlas metódicamente, y a la vez conciliador con las personas, avanzaría lo menos medio siglo la verdadera Revolución social, que estaría en las cosas, en las leyes, y en los corazones, no en las fórmulas y en las palabras, y ahorraría a la gran obra de la Revolución proletaria el cruel olor de sangre, de asesinato y de odio que ha quedado unido a la Revolución burguesa.

Pero quiero citar aún, antes de despedirme de Liebknecht, algunos fragmentos donde estalla el mismo deseo de noble cultura, de amplia humanidad, de justa y pacífica evolución:

«Por la propaganda, lo mismo que por la acción legislativa, no debemos nunca perder de vista la universalidad de la concepción socialista...

»Unos estudian sobre todo el lado económico del socialismo; otros su lado moral y humano, y otros su lado político.

»En la propaganda y en la legislación estos tres aspectos deben tener el mismo valor.

»El pueblo debe saber que el socialismo no es solamente la reglamentación de las condiciones del trabajo y de la producción, que no se propone solamente intervenir en las funciones económicas del Estado y del organismo social, sino que tiene a la vista el desenvolvimiento más completo del individuo y de la individualidad, que considera la educación como uno de los deberes esenciales del Estado y que hace consistir el ideal civil y social en realizar en todo hombre del mejor modo posible el ideal de la humanidad.

»Es en la unión y la fusión de los más sublimes fines donde reside la alta significación del socialismo.

»Sin el lado económico, el ideal humano estaría suspendido en el aire.

»Sin el lado humano, el fin económico carecería de consagración moral.

»Los dos están unidos.

»Ha habido en todas las épocas soñadores que han pretendido la felicidad del género humano. Eran sueños, porque carecían del medio substancial y material de realización: la reglamentación de las relaciones económicas, que el socialismo quiere realizar, y que debe asegurar con el crecimiento de la producción un reparto más justo, creando el fundamento económico de una existencia verdaderamente humana, de un desenvolvimiento armónico del individuo.

»Hasta los beneficios de la propiedad común y del trabajo asociado han sido comprendidos en épocas anteriores y el principio mismo de la comunidad ha sido realizado; pero faltaba allí el ideal humano que caracteriza al

socialismo, y este comunismo es tenido con razón por un grado de civilización inferior a nuestra sociedad burguesa actual.

»El socialismo presupone nuestra civilización moderna. En ningún punto está en contradicción con ella. Muy lejos de ser su enemigo, quiere extenderla a la humanidad entera, así como hoy es el monopolio de una minoría privilegiada.

»De este modo, el socialismo, envolviendo en su dominio toda la vida, todos los sentimientos, todas las ideas del hombre, se asegura contra la limitación y el exclusivismo; tiene además la inmensa ventaja de poder ejercer en toda la extensión de la vida civil y política una acción tan saludable como armónica.»

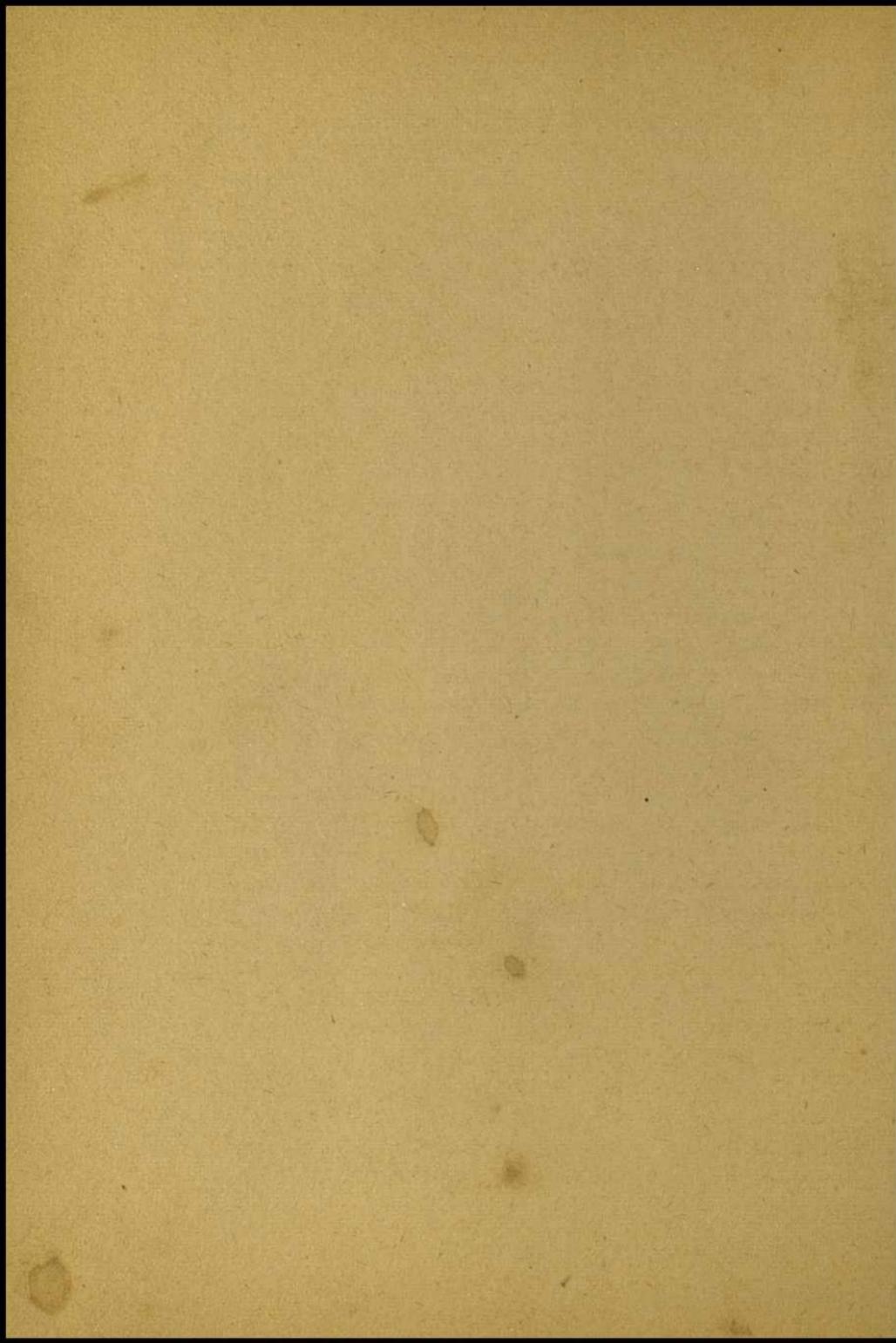
Una última cita donde se señala el cuidado de la acción práctica. Liebknecht, después de haber consagrado al estudio de las reformas del impuesto varias páginas, añade:

«Quizás sorprenderá a alguno que concedamos tanta importancia a las cuestiones de impuesto, siendo así que en el Estado organizado en socialismo no habrá impuestos.

»Es verdad que si pudiéramos pasar de un salto al Estado socialista, la cuestión de impuesto no debería ocuparnos, pues los recursos necesarios para los gastos públicos provendrían entonces del producto del trabajo social, o bien, en un orden todavía más desarrollado, en que todas las funciones económicas serían asunto de Estado, no habría ninguna diferencia entre los gastos públicos y los gastos privados.

»*Pero nosotros no pasaremos de un golpe al socialismo. El paso se realiza poco a poco, y nos*

otros tratamos, en las explicaciones presentes, no de trazar el cuadro del porvenir—esto sería en cualquier circunstancia un trabajo inútil—, sino de determinar un programa práctico para el período de transición, de formular y de justificar medidas que sean inmediatamente aplicables y que sirvan, por decirlo así, de parteras al mundo socialista.



Huelga general y revolución

Cuando se habla de huelga general, es preciso comenzar por definir bien el sentido de las palabras. No se trata, entiéndase bien, de la huelga general de una sola corporación. Por ejemplo, cuando los obreros mineros de toda la Francia deciden por mayoría que ha llegado el momento de declararse en huelga para obtener la jornada de ocho horas, una pensión de retiro más elevada y un *mínimum* de salarios, es una huelga muy importante y se puede llamar la huelga general de los obreros mineros. Pero no es esto lo que entienden por *huelga general* los que ven en ella el instrumento decisivo de emancipación. No se trata, según su idea, de un movimiento circunscripto a una corporación, por muy vasta que sea. Por otra parte, sería pueril decir que no habrá huelga general si la totalidad de los asalariados, en todas las categorías de la producción, no deja simultáneamente el trabajo. La clase obrera está demasiado dispersa para que semejante unanimidad de huelga sea posible y aun concebible.

Pero la palabra *huelga general* tiene otro sentido, a la vez muy preciso y extenso. Significa que las corporaciones más importantes, las que dominan todo el sistema de la produc-

ción, dejarán a la vez el trabajo. Si, por ejemplo, los obreros de los caminos de hierro, los obreros mineros, los obreros de los puertos y de los docks, los obreros metalúrgicos, los obreros de las grandes filaturas y de los grandes telares, los obreros albañiles de las grandes ciudades, parasen simultáneamente, entonces habría verdadera huelga general. Pues para que haya huelga general no es necesario que la totalidad de las corporaciones entre en acción, no es siquiera necesario que en las corporaciones que tomen parte en el movimiento, la totalidad de los obreros haga huelga. Basta que las corporaciones en que el poder capitalista está más concentrado, en que el poder obrero está mejor organizado, y que son como el nudo del sistema económico, decidan la suspensión del trabajo, y que sean escuchadas por un número de obreros tal que, prácticamente, el trabajo de la corporación sea suspendido.

A la huelga general, así entendida, no se puede objetar ni que es quimérica ni que sería ineficaz.

A medida que se extiende la organización obrera, son más posibles estos movimientos. Y si se producen, pueden ejercer sobre las clases directoras un efecto profundo. No es una corporación la que suspende el trabajo, es todo un conjunto de corporaciones. No es, pues, un movimiento corporativo: es un movimiento de clase. ¿Y cómo un movimiento general de la clase esencialmente productiva, a la cual nada puede suplir, podría dejar de ejercer una acción decisiva?

Pero es preciso no equivocarse. No hay que

imaginarse que la palabra huelga general tiene una virtud mágica, y que la misma huelga general tiene una eficacia absoluta e incondicional. La huelga general es práctica o quimérica, útil o funesta, según las condiciones en que se produzca, el método que emplee y el fin que se proponga.

Hay, en mi opinión, tres condiciones indispensables para que una huelga general pueda ser útil: 1.^a Es preciso que el objeto por el cual se ha declarado apasione real y profundamente a la clase obrera. 2.^a Es preciso que una gran parte de la opinión esté dispuesta a reconocer la legitimidad de este objeto. 3.^a Es preciso que la huelga general no aparezca como un disfraz de la violencia, y que sea simplemente el ejercicio del derecho legal de huelga, pero más sistemático y más vasto y con un carácter de clase más acentuado.

Y sobre todo, es necesario que el total de los obreros organizados atribuya un gran valor al objeto por el cual se ha declarado la huelga. Ni las decisiones de los congresos corporativos ni las órdenes de los comités obreros bastarían a arrastrar a la clase obrera a una lucha siempre temible. Para afrontar las privaciones y la miseria y hasta para escapar a las influencias del medio en que se vive, se requiere una gran energía. Esta energía no puede ser suscitada en toda una clase más que por una gran pasión. Y la pasión, a su vez, no se excita en las almas en un grado activo y batallador, sino por un interés a la vez muy grande y muy próximo, por un objeto muy importante y una realización inmediata.

Por ejemplo, se comprende perfectamente que las corporaciones mejor organizadas, las más conscientes, bajo la acción de una propaganda extensa y precisa lleguen a apasionarse por la jornada de ocho horas, por los retiros para los viejos e inválidos y por el seguro serio y cierto contra el paro. Se comprende que si los poderes públicos resisten o eluden estas mejoras, la clase obrera, en la profundidad de su conciencia, acumule bastante energía y pasión para declarar una grande y perseverante huelga. Entonces lucha por fines elevados y precisos, por reformas extensas, claras e inmediatamente realizables. Entonces la señal dada por las organizaciones obreras será seguida; en el caso contrario, no.

Pero no basta que el proletariado esté realmente animado y apasionado. No basta que obedezca a su propio impulso interior y no a un orden exterior. Es necesario también que haya demostrado a una fracción notable de la opinión que sus reivindicaciones son legítimas y realizables inmediatamente. Toda huelga general producirá necesariamente un trastorno en las relaciones económicas; contrariará muchas costumbres y alcanzará a muchos intereses. La opinión total del país—y hasta la de aquella parte muy importante de los asalariados de todas clases que no haya entrado en el movimiento—se pronunciará, pues, con fuerza contra los que se hayan hecho responsables de la prolongación del conflicto. Además, la opinión no hará responsable a la clase capitalista y no se volverá vigorosamente contra ella sino cuando se le haya demostrado mediante una propaganda ardiente y substancial

la equidad de las reivindicaciones obreras y la posibilidad práctica de satisfacerlas inmediatamente. Entonces se pronunciará contra el egoísmo de los grandes propietarios y contra la rutina o el egoísmo de los poderes públicos, y la huelga obtendrá un buen éxito. Al contrario, si la masa indiferente no hubiese sido advertida y en parte conquistada, se pronunciaría contra los huelguistas. Y como ninguna fuerza, ni siquiera la revolucionaria, prevalece contra la opinión total del país, la clase obrera sufriría un gran desastre.

En fin, yo digo que si la huelga general es presentada y concebida, no como el ejercicio más vasto y más coherente del derecho general de huelga, sino como el pródromo y el ensayo de una acción de violencia revolucionaria, provocará de repente un movimiento de terror y de reacción que no podrá resistir la fracción militante del proletariado.

En este concepto sin embargo, se han detenido algunos teóricos de la huelga general. Creen que la huelga general de las corporaciones más importantes bastará para determinar la revolución social, es decir, la caída de todo el sistema capitalista y el advenimiento del comunismo proletario y democrático. Se suspenderá la vida económica; las vías férreas estarán desiertas; la hulla necesaria a la industria permanecerá bajo tierra: los navíos no podrán fondear en los muelles, donde no habrá ningún obrero que descargue las mercancías. En todas partes cese completo de la circulación y de la producción. Naturalmente, reinará un gran malestar. Las masas obreras, suspendiendo la producción y los cambios, ha-

brán aumentado su hambre; veránse de este modo impelidas a la violencia para nutrirse, para proporcionarse víveres y géneros allí donde se encuentren. Serán impelidos también a llenar de espanto a los privilegiados, amenazados en sus personas y en sus bienes por la inevitable cólera del proletariado, cuyos sufrimientos seculares se verán exasperados por la crisis de miseria y de hambre. De aquí los inevitables conflictos entre la clase obrera y los guardianes enloquecidos del sistema capitalista. De aquí, por consiguiente, al cabo de algunos días, el carácter revolucionario de la huelga general. Y como la fuerza capitalista estará dispersa por la necesidad misma de vigilar el movimiento, como el ejército de represión estará diseminado, envuelto en la inmensa oleada, el proletariado habrá disuelto el obstáculo en que hasta ahora se estrellaba, y dueño al fin del sistema social, implantará el trabajo soberano.

Esta es la idea. No digo que tenga este grado de claridad en todos los teóricos de la huelga general. No aseguro que todos los que la aclaman le den por completo este sentido. Pero sí afirmo que para todos los que ven en ella el instrumento decisivo de liberación significa necesariamente algo parecido.

Además, en este sentido revolucionario creo que existe una idea falsa. En primer lugar, una táctica es singularmente peligrosa cuando al fracasar acarrea a la clase obrera desastres inmensos.

Los partidarios de la huelga general, entendida de este modo, están obligados, nótese bien, *a obtener éxito la primera vez*. Si una

huelga general fracasa después de haber llegado a la violencia, habrá dejado en pie el sistema capitalista, armado de un furor implacable. El miedo de los directores y hasta de la masa se abrirá paso en una larga serie de años de reacción. Y el proletariado estará durante mucho tiempo desarmado y sujeto.

¿Hay probabilidades de éxito? No lo creo. En primer lugar, la clase obrera no se subleva por una fórmula general, como es el advenimiento del comunismo. La idea de Revolución social no basta para impulsarla. La idea socialista, la idea comunista, es bastante poderosa para guiar y ordenar los esfuerzos sucesivos del proletariado. Este se organiza y lucha para acercarse a ella diariamente y para realizarla por grados. Pero es preciso que la idea de Revolución social tome cuerpo en reivindicaciones precisas para suscitar un gran movimiento.

Para decidir a la clase obrera a abandonar en masa las grandes fábricas y a emprender contra todas las fuerzas del sistema social una lucha llena de peligros, no basta decir: ¡Comunismo! Pues inmediatamente los proletarios preguntan: «¿Cuál? ¿qué forma tendrá mañana si somos vencedores?» Y no es por un objeto demasiado general y de un contorno demasiado incierto por lo que se producen los grandes movimientos. Necesitan un punto de apoyo sólido, un punto de unión bien determinado.

Los más avisados teóricos de la huelga general revolucionaria lo saben perfectamente. También quieren primero poner a la clase obrera en movimiento por medio de reivindicaciones precisas y substanciales. Y esperan

que este movimiento, haciéndose forzosamente revolucionario, se convierta por sí mismo en comunismo completo.

Pero este es precisamente el vicio esencial de la táctica. *Emplea la astucia con la clase obrera.* Se propone arrastrarla como por el efecto irresistible de un mecanismo más allá del punto que se le haya indicado en un principio. Con el señuelo de algunas reformas concretas, precisas e inmediatas, se la decide a la gran obra de la huelga general, y una vez cogida en el engranaje, imagínanse algunos que será conducida casi automáticamente a la Revolución comunista.

En una democracia, esto es contrario a la idea misma de la Revolución. No hay ni puede haber Revolución sino allí donde hay conciencia, y aquellos que construyen un mecanismo para conducir el proletariado a la Revolución casi sin que lo note, aquellos que pretenden conducirlo como por sorpresa, van a la inversa del verdadero movimiento revolucionario.

Si la clase obrera no está claramente advertida desde el principio de que se declara en huelga para la completa Revolución comunista; si no sabe, al abandonar las minas, las estaciones, las fábricas y las canteras, que no debe volver al trabajo hasta que se realice por completo la Revolución social; si no está desde el primer momento apercebida y resuelta hasta el fondo de su conciencia, veríase desconcertada durante el movimiento por la revelación tardía de un plan que no se le había expuesto antes de la acción. Y ningún artificio, ninguna prestidigitación sustituirá el fin oculto, repen-

tinamente descubierto al fin declarado en el primer momento.

Imaginarse que una Revolución social puede ser el resultado de una equivocación y que el proletariado puede ser llevado más allá de lo que él pretende es, y perdóneseme la palabra, una niñería. La transformación de todas las relaciones sociales no puede ser efecto de una maniobra.

Y al contrario, si se advierte a la clase obrera, si se le dice claramente que debe abandonar los talleres para no volver a entrar en ellos sino después de haber abolido todo el capitalismo, su instinto y su pensamiento le advertirán también que no es por un levantamiento de algunos días, sino por un esfuerzo inmenso de organización continua y de transformación, como se renueva una sociedad tan compleja como la nuestra. Desde este momento retrocederá ante una empresa tan indeterminada y tan hueca como se retrocede ante el vacío.

Hay todavía otro artificio en la táctica revolucionaria de la huelga general. Algunos de estos teóricos dicen:

«Sería quizás difícil arrastrar al proletariado a una acción de fuerza deliberada. Ha perdido la costumbre desde hace muchos años y quizás no se lanzase en ella de repente a la sola señal de las organizaciones militantes. Al contrario, las huelgas han entrado en las prácticas de la clase obrera y son cada vez más extensas. No sería, pues, difícil obtener de la clase obrera que entrase en un movimiento de huelga general. Esta será al principio un simple acrecentamiento de sus hábitos

de combate. Y además, y esto es muy importante, será un movimiento legal. La ley permite la huelga; no le asigna ni puede asignarle límite. Por consiguiente, el proletariado, al declarar la huelga general, sabe que ejerce un derecho legal; es, pues, con todo el poder de la legalidad con el que entra en el movimiento, y muchos trabajadores que hubieran repugnado el empleo premeditado de la fuerza y la acción deliberada revolucionaria, no vacilarán en manifestar su indignación contra las injusticias sociales por una marcha amenazadora, pero que no los lanza desde el primer momento y a sangre fría fuera de la legalidad.

»Además, lo que se podría llamar la represión preventiva del poder capitalista está impedido por la forma legal del movimiento en un principio. Pero poco a poco esta huelga general, esta huelga de clase, se afirmará necesariamente en gran batalla social, en combate revolucionario. Por el sufrimiento, por la miseria, por los inevitables conflictos que harán chocar la fuerza obrera y la fuerza capitalista, se caldearán los espíritus, se inflamarán las justas cóleras, y hasta aquella parte del proletariado que hubiera retrocedido antes de declararse la huelga, delante del empleo sistemático de la fuerza será llevada poco a poco, al calor de los sucesos, de la lucha de los sufrimientos a la acción revolucionaria. Entonces el viejo mundo hará explosión.»

Esta es, si se va al fondo, la idea y la esperanza de cierto número de los que ven en la huelga general un medio de revolución. Forma en su pensamiento un método revolucionario aplicado al proletariado, cuyas fuerzas

quedarían inertes sin la excitación brutal de los sucesos.

No se dice ya a los proletarios: «Coged el fusil.» Pero se cree que la huelga general, al principio legal, le obligará en seguida a armarse de fusil o de cualquier otro instrumento de fuerza. De este modo se cuenta con la fuerza revolucionaria de los acontecimientos para suplir o para completar la insuficiente fuerza revolucionaria de los hombres.

Tengo derecho a decir que hay en esto un artificio de revolución. Y como todo mecanismo que no se ha podido probar por ensayos repetidos antes de hacer de él un empleo decisivo, éste expone a muchos desengaños a los hombres de buena fe que todo lo esperan de él. Crear por un medio ficticio una excitación revolucionaria que la acción de los sufrimientos, de las miserias y de las injusticias corrientes no habría bastado a producir, es una empresa aleatoria.

Se ha dicho que la Revolución no se decreta. Con más razón se puede decir que no se fabrica y que ningún mecanismo de conflicto, por muy ingenioso que sea, puede suplir a la preparación revolucionaria de las cosas y de los espíritus. No basta plantear la huelga general para conseguir en seguida que tenga éxito la Revolución. Puede muy bien suceder que los proletarios, si tienen necesidad al principio para entrar en la gran acción de un pretexto y hasta de una ilusión de legalidad, retrocedan ante el empleo de la fuerza en el momento en que se descubra este pretexto y se disipe esta ilusión. El dado lanzado al aire producirá la violencia o quizás la inercia.

Puede ser que en este movimiento, cuyos jefes habrán contado con la fuerza inconsciente y oscura de las cosas más que con la fuerza deliberada de las conciencias, haya mucha confusión e incoherencia. En un punto el conflicto producirá, en efecto, la acción revolucionaria; en otro conservará su forma legal y se extenderá en la inmovilidad. El movimiento revolucionario, no teniendo su principio y su punto de apoyo en la voluntad reflexiva de los hombres, estará entregado al azar de los incidentes locales y el mecanismo revolucionario no tendrá los mismos asideros en todas partes. De aquí el desorden, el desaliento y la derrota. Es verdad que con frecuencia en la historia, sucesos restringidos en apariencia e inofensivos producen grandes conclusiones imprevistas. Pero es imposible contar con esta expansión, y no hay procedimiento, aunque éste sea el de la huelga general, que de un primer movimiento de legalidad pueda con certeza producir la Revolución.

Por otra parte, y en esto sobre todo estriba la ilusión de un gran número de militantes, no está demostrado que la huelga general, aunque tome un carácter revolucionario, haga capitular el sistema capitalista. La sociedad burguesa opondrá una resistencia proporcionada a la importancia de los intereses puestos en juego. Es decir, que a la huelga general de revolución que le pedirá el sacrificio completo de su principio mismo, opondrá una resistencia completa.

Además, ni el cese de la producción y de la circulación, ni siquiera las violencias contra las propiedades y las personas, bastan a hacer

caer una sociedad. Por muy poderosos que se supongan los efectos de la huelga general revolucionaria, no serán superiores a los de las grandes guerras y las grandes invasiones. Las grandes guerras detienen o perturban la producción, suspenden o dificultan la circulación y ocasionan en la vida económica un trastorno que se pudiera creer mortal. Y sin embargo, las sociedades resisten con una elasticidad extraordinaria a crisis que se podían creer funestas o males que parecían mortales.

No hablo de la guerra de Cien años en Francia, de la guerra de Treinta años en Alemania. La vida social se mantuvo a través de pruebas inauditas, los pillajes, los sitios, los asolamientos, los incendios, los perpetuos combates y las hambres. Pero en las sociedades más modernas, en la misma sociedad burguesa, ¡qué de portentosas sacudidas! Desde la segunda mitad de 1793, la sociedad salida de la Revolución sufre o se inflige ella misma para defenderse pruebas a las cuales sin duda no equivaldrá ninguna huelga general. Una porción considerable de la población válida, quinientos mil hombres en una población de veinticinco millones, son arrancados a los campos y a los talleres y lanzados a las fronteras. La guerra civil está encendida al mismo tiempo que la guerra extranjera. La Vendée, la Bretaña, el Mediodía, Lyon, están sublevados. La mitad de Francia está armada contra la otra mitad. El verano seco y ardiente ha mermado las cosechas. El trigo circula difícilmente, pues cada departamento y cada distrito quiere reservarse la mayor cantidad de grano posible. Aunque Paris no está atacado, está

sometido a un verdadero régimen de estado de sitio; es preciso hacer cola a la puerta de las panaderías; está establecido el racionamiento; escasea el pan. La baja de los asignados introduce una perturbación inmensa en todas las transacciones. Y a través de todas esas dificultades, Francia conserva bastante potencia vital, la sociedad revolucionaria conserva bastantes recursos para defenderse al principio y en seguida tomar la ofensiva. Se puede tomar por el hambre y por la fuerza una ciudad; no se toma de igual modo una sociedad entera. Es preciso que se entregue ella misma. En 1870 y 1871, un tercio de Francia está ocupado; París está sitiado, la guerra civil sucede a la guerra extranjera; se impone a la nación un rescate formidable, y a pesar de todo, las fuentes profundas de la vida no se secan y brotan nuevamente con una maravillosa abundancia en los primeros días de la paz.

Aun suponiendo que una huelga general revolucionaria llegue a obstruir los puertos, a inmovilizar las locomotoras, a destruir las vías férreas, a dominar algunas regiones particularmente obreras, a amenazar y reducir el aprovisionamiento de algunas grandes ciudades y de la capital, la ingeniosa necesidad hará aparecer innumerables recursos ocultos. Por necesidad, la vida social, el consumo se reducirán en proporciones enormes y la naturaleza humana se acomodará a estas trágicas privaciones, como al fin de un largo sitio se acomoda a un régimen cuya sola idea, algunos meses antes, hubiese hecho temblar a los más valientes. Y si la sociedad burguesa y la

propiedad individual no quieren capitular, si la gran mayoría de los ciudadanos se opone al nuevo orden social que la huelga general quiere implantar por un golpe de audacia, la sociedad burguesa y la propiedad individual encontrarán el medio de vivir, de defenderse, de unir poco a poco, en el desorden mismo y la confusión de la vida económica trastornada, las fuerzas de conservación y de reacción.

Se imaginan algunos que estallando la huelga general en muchos puntos a la vez, obligaría al gobierno capitalista y propietario a diseminar la fuerza armada sobre tan grande extensión, que sería como absorbida por la Revolución. Es esta una idea verdaderamente candorosa. El gobierno burgués se preocuparía ante todo de proteger los poderes públicos, las asambleas, donde residiese por la voluntad misma de las mayorías la fuerza legal.

Por necesidad, si no podía en un principio atender a todo, abandonaría a la huelga las vías férreas y las regiones donde la Revolución estuviese más fuertemente organizada; se preocuparía, al contrario, de concentrar sus fuerzas y con el poder enorme que le daría la voluntad de los representantes legales de la nación, no tardaría en dar algunos certeros golpes, en recuperar las regiones por él abandonadas en un principio y en restablecer las comunicaciones, como se las restablece en algunos días en un país que el enemigo acaba de evacuar después de haber hecho saltar las vías férreas y los puentes. Aunque los poderes públicos perdiesen por un momento a París, como en 1871—y con los elementos sociales de que se compone París—, le bastaría

tener un punto de reunión y esperar en un lugar seguro, como el rey de Francia en Bourges, como M. Thiers en Versalles, que las fuerzas conservadoras hubiesen entrado en movimiento. Y no tardarían en entrar espontáneamente. No hay que olvidar que hoy, con las sociedades de tiro y de gimnasia, donde dominan tantas influencias reaccionarias, con los hábitos de sport de la alta y mediana burguesía, con la tendencia militar de las clases poseedoras, los privilegiados, los capitalistas pequeños y grandes, los tenderos exasperados, serían capaces de una acción física vigorosa.

Y durante este tiempo, ¿qué haría la Revolución? En las regiones en que hubiese aparecido al principio victoriosa, no podría más que devorarse a sí misma y agotarse en inútiles violencias. Las revoluciones liberales o democráticas de 1850 y de 1848 tenían un fin bien determinado: derribar el poder central y reemplazarlo. Los golpes revolucionarios de Blanqui estaban siempre calculados para dar en la cabeza y en el corazón. No diseminaba sus fuerzas; las concentraba al contrario para llevarlas a algunos puntos vitales del sistema político gubernamental.

El método revolucionario de la huelga es todo lo contrario. Precisamente porque da al principio una forma económica al combate, no señala a las fuerzas un fin único y central en que puedan converger. Permanecerán inactivas en el borde de los pozos de las minas y en el umbral de las fábricas abandonadas. O si los proletarios toman posesión de la mina y de la fábrica, será una toma de posesión completamente ficticia. Los obreros estrecharán un

cadáver, pues la mina y la fábrica no son más que cuerpos muertos cuando están suspendidas la circulación económica y la producción. Mientras que el conjunto del aparato social no sea poseído y gobernado por una clase, es inútil apoderarse materialmente de algunas fábricas y canteras, pues con eso no se posee nada: no es uno dueño de la circulación teniendo en las manos algunos guijarros del camino desierto.

No quedaría, pues, a las fuerzas obreras, admiradas de su impotencia en su aparente victoria, más recurso que destruir. ¿Pero para qué servirían estos actos de destrucción sino para marcar con un carácter de salvajismo el levantamiento del proletariado? Obsérvese bien que la táctica revolucionaria de la huelga general tiene por objeto y por efecto descomponer la vida económica y social y fraccionarla. Detener las locomotoras, inmovilizar los navíos, privar de hulla a las máquinas de la industria, es substituir a la vida general y una de la nación la vida dispersa de innumerables grupos locales. Además, este fraccionamiento de la vida *es precisamente lo contrario de la Revolución.*

La Revolución burguesa se hizo por federaciones que poco a poco se enlazaban con París. Toda gran revolución supone una exaltación de la vida, y esta exaltación no es posible más que por la conciencia de una vasta unidad, por la ardiente comunicación de las fuerzas y de los entusiasmos. El proletariado realizará su revolución organizando una fuerte representación y acción de clase, económica y política. El fraccionamiento es un regreso al

estado feudal. En los grupos aislados, sumidos por el paro del trabajo de una civilización inferior, serán soberanas las oligarquías poseedoras, que disponiendo de medios de subsistencia acumulados, se atraen por esta razón toda una clientela pasiva. En muchos cantones serán los ricos los reyes momentáneos, los jefes sociales, los señores feudales. Y poco a poco todas estas pequeñas soberanías, todas estas pequeñas oligarquías coordinarán sus esfuerzos para aplastar y envolver la Revolución, inmóvil, que creyendo privar al gobierno de todo medio de comunicación, se habrá aislado y desmenuzado a sí misma.

Es absolutamente quimérico esperar que la táctica revolucionaria de la huelga general permitirá a una minoría proletaria atrevida, consciente y activa, acelerar los acontecimientos. Ningún artificio, ningún mecanismo de sorpresa dispensa al socialismo de conquistar por la propaganda y la ley la mayoría de la nación.

¿Quiere esto decir que la idea de huelga general es vana, que es un elemento despreciable en el vasto movimiento social? De ningún modo. En primer lugar, he demostrado cómo, en qué condiciones y bajo qué forma podía acelerar la evolución social y el progreso obrero. En segundo lugar, es ya para una sociedad un signo terrible y una advertencia decisiva que semejante idea pueda aparecer a una clase como un medio de liberación. La clase obrera es la que sostiene el orden social; ella es la que produce y crea. Si ella se detiene, todo se paraliza. Y se puede decir de ella la magnífica frase que Mirabeau, el primer anun-

ciador de la huelga general, decía del tercer estado, todavía unido, obreros y burgueses:

«¡Tened cuidado!—exclamaba dirigiéndose a los privilegiados—; no irritéis a ese pueblo que todo lo produce y *que para ser formidable no tendría más que permanecer inmóvil*».

Además, a este proletariado que tiene este formidable poder negativo, y que por lo menos puede sentirse tentado a usar de él, las clases poseyentes y directoras no han sabido concederle hasta aquí la más débil parte del poder positivo. Han dado o han dejado a la clase obrera tan poca confianza en la eficacia de la evolución legal, que se encuentra cada vez más fascinada por la idea de paralizar todo trabajo. El trabajo pensando en cesar, el corazón meditando detenerse: he aquí a qué crisis interior profunda nos han conducido los egoísmos y la ceguera de los privilegiados, la ausencia de todo plan de acción. El proletariado se siente cada vez arrastrado con más fuerza hacia el abismo de la huelga general revolucionaria, con riesgo de estrellarse al caer, pero llevando con él por algunos años la riqueza y la seguridad de la vida.

La huelga general, impotente como método revolucionario, no deja de ser, sin embargo, por su sola idea, un indicio revolucionario de la más alta importancia. Es una advertencia prodigiosa para las clases privilegiadas, más que un medio de liberación para las clases explotadas. Viene a ser, en el corazón de la sociedad capitalista, como una sorda amenaza, pues aun cuando se resuelva en accesos impotentes, atestigua un desorden orgánico

que sólo una gran transformación puede curar.

En fin, si las clases directoras cometiesen la locura de tocar a las pequeñas libertades adquiridas, a los escasos medios de acción de los proletarios; si amenazasen o violentasen el sufragio universal; si por la persecución nacional o policíaca hiciesen verdaderamente ilusorio el derecho sindical y el derecho a la huelga, la huelga general violenta sería ciertamente la forma espontánea del levantamiento obrero, una especie de recurso supremo y desesperado y un medio de herir al enemigo, más que de salvarse a sí mismo.

Pero la clase obrera se engañaría con una ilusión funesta y una especie de obsesión enfermiza si tomase lo que no puede ser más que una táctica de desesperación por un método de revolución. Fuera de las agitaciones convulsivas que escapan a toda previsión y a toda regla, y que son a veces el recurso supremo de la historia, no hay hoy para el socialismo más que un método soberano: conquistar legalmente la mayoría.

El socialismo y la vida

La dominación de una clase es un atentado a la humanidad. El socialismo, que abolirá todo privilegio de clase y toda clase es, pues, una restitución de la humanidad. Por lo tanto, es para todos un deber de justicia ser socialistas.

No hay que objetar, como lo hacen algunos socialistas y positivistas, que es pueril y vano invocar la justicia, que es una idea completamente metafísica y adaptable en todos sentidos, y que de esta púrpura banal todas las tiranías se han cortado un manto. No; en la sociedad moderna la palabra justicia adquiere un sentido cada vez más preciso y vasto. Significa que en todo individuo, en todo hombre, la humanidad debe ser plenamente respetada y elevada a lo más alto. Además, no hay verdaderamente humanidad sino donde hay independencia, voluntad activa, libre y alegre adaptación del individuo al conjunto. Allí donde los hombres están bajo la dependencia y a merced de otros hombres, allí donde las

voluntades no cooperan libremente a la obra social, allí donde el individuo está sometido a la ley del conjunto por la fuerza y la costumbre y no por la razón, la humanidad está envilecida y mutilada. Es, pues, solamente por la abolición del capitalismo y el advenimiento del socialismo como se realizará la humanidad.

Ya sé que en la declaración de los derechos del hombre la burguesía revolucionaria ha deslizado un sentido oligárquico, un espíritu de clase. Ya sé que ha intentado consagrar en ella para siempre la forma burguesa de la propiedad, y que hasta en el orden político ha comenzado por negar el derecho de sufragio a millones de pobres, convertidos en ciudadanos pasivos. Pero también sé que los demócratas se han servido del derecho del hombre para pedir y conquistar el derecho de sufragio para todos. Sé que los proletarios se han apoyado en los derechos del hombre para sostener sus reivindicaciones económicas. Sé que la clase obrera, aunque no tenía en 1789 más que una existencia rudimentaria, no ha tardado en aplicar y extender los derechos del hombre en un sentido proletario. Ha proclamado, desde 1792, que la propiedad de la vida era la primera de todas las propiedades y que la ley de esta propiedad soberana debía imponerse a todas las otras. Engrandeced, ensalzad el sentido de la palabra *vida*. Comprended en ella, no solamente la subsistencia, sino toda la vida, todo el desenvolvimiento de las facultades humanas, y es el comunismo lo que el proletariado injerta en la declaración de los derechos del hombre. Así el derecho humano,

proclamado por la Revolución, tiene un sentido más profundo que el que le daba la burguesía revolucionaria. Esta, con su derecho oligárquico y mezquino, no era suficiente para llenar toda la extensión del derecho humano; el lecho del río era más vasto que las aguas, y será preciso un nuevo manantial, el gran manantial proletario y humano, para que la idea de justicia lo llene por completo.

Sólo el socialismo dará a la declaración de los derechos del hombre todo su sentido y realizará todo el derecho humano. El derecho revolucionario burgués ha libertado a la personalidad humana de muchos obstáculos, pero obligando a las generaciones nuevas a pagar un censo al capital acumulado por las generaciones anteriores y dejando a una minoría el privilegio de percibir este censo, grava con una especie de hipoteca en provecho del pasado y de una clase a toda la personalidad humana.

Nosotros pretendemos, al contrario, que los medios de producción y de riqueza acumulados por la humanidad estén a la disposición de todas las actividades humanas. Según nosotros, todo hombre tiene desde ahora un derecho sobre los medios de desenvolvimiento que ha creado la humanidad. No es, pues, una persona humana, débil y desnuda, expuesta a todas las opresiones y a todas las explotaciones, la que viene al mundo. Es una persona investida de un derecho y que puede reivindicar para su completo desenvolvimiento el libre uso de los medios de trabajo acumulados por el esfuerzo humano. Todo individuo tiene derecho a su completo desarrollo. Tiene, pues,

derecho a exigir a la humanidad todo lo que pueda secundar su esfuerzo. Tiene derecho a trabajar, a producir, a crear, sin que ninguna categoría de hombres someta su trabajo a una usura y a un yugo. Y como la comunidad no puede asegurar el derecho del individuo sino poniendo a su disposición los medios de producir, es preciso que la misma comunidad esté investida de un derecho soberano de propiedad sobre estos medios de producir.

Marx y Engel, en el *Manifiesto comunista*, han señalado admirablemente el derecho a la vida, que es la esencia misma del comunismo:

«En la sociedad burguesa, el trabajo vivo no es más que un medio de aumentar el trabajo acumulado en el capital. En la sociedad comunista, el trabajo acumulado no será más que un medio de ampliar, de enriquecer, de estimular la vida de los trabajadores. En la sociedad burguesa, el pasado reina sobre el presente. En la sociedad comunista, el presente reinará sobre el pasado.»

La declaración de los derechos del hombre ha sido también una afirmación de la vida, un llamamiento a la vida. Lo que proclamaba la Revolución eran los derechos del hombre vivo. No reconocía a la humanidad pasada el derecho de sujetar a la humanidad presente. No reconocía a los pasados servicios de los reyes y de los nobles el derecho de pesar sobre la humanidad presente y viva y de detener su vuelo. Al contrario, la humanidad viva se apoderaba para su uso de todas las fuerzas vivas que había legado el pasado. La unidad francesa preparada por la realeza convertíase,

contra la realeza misma, en el instrumento decisivo de la Revolución. Del mismo modo las grandes fuerzas de producción acumuladas por la burguesía convertiránse, contra el privilegio capitalista, en el instrumento decisivo de la emancipación humana.

La vida no suprime el pasado: lo somete. La Revolución no es una ruptura, es una conquista. Y cuando el proletariado haya hecho esta conquista, cuando el comunismo haya sido instaurado, todo el esfuerzo humano acumulado durante siglos formará como una naturaleza benévola y rica, acogiendo desde su nacimiento a todas las personas humanas y asegurándoles su desenvolvimiento completo.

Así, hasta en el derecho revolucionario burgués, en la declaración de los derechos del hombre y de los derechos a la vida, hay una raíz de comunismo. Pero esta lógica interna de la idea de derecho y de humanidad hubiera permanecido ineficaz y latente sin la vigorosa acción exterior del proletariado. Interviene desde los primeros días de la Revolución. No escucha los absurdos consejos *de clase* de los que, como Marat, le dicen: «¿Qué haces? ¿Para qué vas a tomar la Bastilla, que jamás ha encerrado en sus muros proletarios?» El marcha, sin embargo; realiza el asalto; decide del éxito de las grandes jornadas; corre a las fronteras; salva la Revolución en el interior y el exterior; conviértese en una fuerza necesaria y recoge de paso el precio de su incesante acción. De un régimen semidemocrático y semiburgués, hace en tres años, de 1789 a 1792, una democracia pura, donde a veces domina la acción de los proletarios. Al desplegar su fuerza ad-

quiere confianza en sí mismo, y concluye por decirse con Babeut, que habiendo creado un poder común, el de la nación, debe servirse de él para fundar la felicidad común.

Así, por la acción de los proletarios, el comunismo cesa de ser una vaga especulación filosófica, para convertirse en un partido y una fuerza viva. Así, el socialismo surge de la Revolución francesa bajo la acción combinada de las dos fuerzas: la fuerza de la idea del derecho y la fuerza de la acción proletaria naciente.

No es, pues, una utopía abstracta. Brota en el punto más hirviente, más efervescente de los calientes manantiales de la vida moderna.

Pero he aquí que después de muchas pruebas, de las victorias parciales y de las derrotas, a través de la diversidad de los sistemas políticos, la nueva orden burguesa creada por la Revolución se desenvuelve. He aquí que bajo el imperio, bajo la restauración, el sistema económico de la burguesía, fundado sobre la concurrencia ilimitada, comienza a producir sus efectos: crecimiento incontestable de riqueza, pero inmoralidad, astucia, perpetuo combate, desorden y opresión. El rasgo de genio de Fourier fué concebir que era posible remediar el desorden, purificar y ordenar el sistema social sin perjudicar a la producción de las riquezas, sino al contrario, acrecentándola. Nada de ideal ascético: libre expansión de todas las facultades y de todos los instintos. La misma asociación que suprimirá las crisis multiplicará las riquezas, ordenando y combinando sus esfuerzos. Así, el matiz de

ascetismo con que la Revolución había podido obscurecer el socialismo, desapareció. Así, el socialismo, después de haber participado con los proletarios de la Revolución y con Babeuf de toda la vida revolucionaria, entra ahora en la gran corriente de las riquezas y de la producción moderna. Por Fourier, por Saint-Simón, aparece como una fuerza capaz, no de rechazar el capitalismo, sino de sobrepujarle.

En el orden nuevo que entrevén estos grandes genios no se comprará la justicia al precio de las alegrías de la vida. Al contrario, la justa organización de las fuerzas humanas se añadirá a su poder productivo. El esplendor de las riquezas manifestará la victoria del derecho y la alegría será el esplendor de la justicia. El babeufismo no había sido la negación de la Revolución, sino al contrario, su pulsación más atrevida. El furierismo y el saintsimonismo no son la negación, la restricción de la vida moderna, sino al contrario, su expansión más apasionada. En todas partes, pues, el socialismo es una fuerza viva en la ardiente corriente de la vida.

Pero en los grandes sueños de armonía y de riqueza para todos, en las grandes concepciones constructivas de Fourier y de Saint-Simón, la burguesía de Luis Felipe responde por un redoblamiento de explotación de clase, por el empleo intensivo y aniquilador de las fuerzas obreras, por una orgía de concesiones de Estado, de monopolios, de dividendos y de primas. Hubiera sido inocente oponer por más tiempo a esta audaz explotación sueños idílicos. Proudhon contestó con la áspera crítica

de la propiedad (1), de la renta y del arrendamiento: y lo que debía decirse, se dijo bajo el dictado mismo y la áspera inspiración de la vida.

¿Pero cómo completar la obra de crítica por una obra de organización? ¿Cómo agrupar en una vasta unidad de combate todos los elementos sociales que amenazaba o que oprimía el poder de la banca, del monopolio y del capital? Proudhon comprendió en seguida que el ejército de la democracia social estaba disperso y mezclado con un proletariado de fábricas todavía insuficiente en número y fuerzas, y con una pequeña burguesía industrial y mercantil y una clase artesana que la concentración y la absorción capitalista acechaba, pero no había hecho desaparecer aún? De aquí que en la parte positiva de la obra de Proudhon haya fluctuaciones y contradicciones; de aquí una singular mezcla de reacción y de revolución, según que se aplique a salvar por combinaciones ficticias de crédito a la pequeña burguesía industrial o que apresure el advenimiento de la clase obrera, fuerza de revolución. El hubiera querido suspender los acontecimientos, aplazar la crisis revolucionaria de 1848 para dar a la evolución económica el tiempo de dibujarse más claramente y de mejor orientar los espíritus. ¿Pero de dónde vienen estas vacilaciones, estos escrúpulos, estos esfuerzos contradictorios, sino del contacto del pensamiento socialista con la realidad compleja y todavía incierta?

(1) Véase el tomo IV de la primera serie de esta Biblioteca.

Y he aquí que desde 1848 la gran fuerza decisiva y substancial se manifiesta y organiza. He aquí que el crecimiento de la gran industria suscita un proletariado obrero, cada vez más numeroso y consciente. Los que con Marx han saludado el advenimiento de este poder decisivo, los que han comprendido que el mundo sería transformado por él, han podido exagerar la rapidez del movimiento económico. Han podido, menos prudentes que Proudhon, menos advertidos que él de las fuerzas de resistencia y de los recursos de transformación de la pequeña industria, simplificar con exceso el problema y exagerar el poder de absorción del capital concentrado.

Aun con todas las reservas y restricciones que nos aporta el estudio de la realidad, siempre complicada y múltiple, es verdad que la clase puramente proletaria aumenta en número, que representa una fracción siempre creciente de las sociedades humanas, que está agrupada en centros de producción cada vez más vastos; es verdad que está preparada a concebir, por la producción en grande, la propiedad en grande, cuyo límite es la propiedad social. Así, el socialismo, que con Babeuf fué como el estremecimiento más ardiente de la Revolución democrática; que con Fourier y Saint-Simón fué el más hermoso acrecentamiento de las promesas de riqueza y de poder que el capital atrevido prodigaba al mundo; que con Proudhon fué la advertencia más aguda dada a las sociedades devoradas por la oligarquía burguesa, es ahora con el proletariado el más fuerte de los poderes sociales, el que aumenta sin cesar y que concluirá por

establecer en su provecho, es decir, en provecho de la humanidad, de la cual es ahora la expresión más alta, el equilibrio del mundo social.

No; el socialismo no es una concepción arbitraria y utópica; se mueve y se desenvuelve en plena realidad; es una gran fuerza de vida, mezclada a toda la vida y capaz bien pronto de tomar su dirección. A la aplicación incompleta de la justicia y del derecho humano que hacía la Revolución democrática y burguesa, ha opuesto la plena y decisiva interpretación de los derechos del hombre. A la organización de riqueza incompleta, estrecha y caótica del capitalismo, ha opuesto una magnífica concepción de riqueza armónica en que el esfuerzo de cada uno se aumentaba con el esfuerzo solidario de todos. A la sequedad del orgullo y del egoísmo burgués, ha opuesto la amargura revolucionaria, la ironía provocadora y vengativa, el mortal análisis que disuelve la mentira. Y he aquí, en fin, que a la primacía social del capital opone la organización de clase, cada vez más fuerte, del proletariado creciente.

¿Cómo podrá subsistir el régimen de clases cuando la clase oprimida y explotada crece diariamente en número, en cohesión, en conciencia, y cuando forma el propósito, cada vez más claro, de concluir con la propiedad de clase?

Al mismo tiempo que crecen las fuerzas reales, substanciales del socialismo, los medios técnicos de realización socialista se precisan también. Es la nación que se constituye en su unidad, en su soberanía, y que está

obligada cada vez más a funciones económicas, preludio grosero de la propiedad social. Son las grandes agrupaciones urbanas e industriales en que por las cuestiones de higiene, de alumbrado, de enseñanza, de alimentación, la democracia entrará en el problema de la propiedad y en la administración de los dominios colectivos. Son las cooperativas de todas clases, las cooperativas de consumo y de producción que se multiplican. Son las organizaciones sindicales y profesionales que se extienden y se diversifican: sindicatos, federaciones de sindicatos, bolsas del trabajo, federaciones de oficios, federaciones de industria.

No es por la abrumadora monotonía de una burocracia central por lo que se reemplazará el privilegio capitalista. La nación, investida del derecho social y soberano de propiedad, tendrá órganos sin número, ayuntamientos, cooperativas, sindicatos que darán a la propiedad social el movimiento más sutil y más libre, que la armonizará con la movilidad y la variedad infinita de las fuerzas individuales. Hay, pues, una preparación técnica del socialismo, como hay una preparación intelectual y social. Son unos niños los que, entusiasmados por la obra ya realizada, creen que les bastaría ahora un decreto, un *Fiat lux* proletario para hacer surgir de repente el mundo socialista. Pero son también unos insensatos aquellos que no ven la irresistible fuerza de evolución que condena la primacía de la burguesía y el régimen de clases.

Y la vergüenza intelectual del partido radical será no haber respondido al inmenso problema que nos preocupa a todos más que

con una equívoca fórmula electoral: «Mantenimiento de la propiedad individual.» La fórmula podrá sin duda servir algún tiempo para excitar contra el socialismo a los ignorantes, a los tímidos y a los egoístas. Pero matará al partido que hace uso de ella.

O no significa nada, o expresa el espíritu conservador social más estrecho. No podrá resistir mucho tiempo ni ante la ciencia ni ante la democracia.

Mayorías revolucionarias

Esos grandes cambios sociales que se llaman revoluciones no pueden ya ser obra de una minoría. Una minoría revolucionaria, por muy inteligente y enérgica que sea, no basta, al menos en las sociedades modernas, para realizar la revolución. Necesita el concurso, la adhesión de la mayoría, de la inmensa mayoría. Puede ser—es un problema histórico difícil de resolver—que haya habido períodos y países en que la multitud humana era tan pasiva, tan inconsistente, que las voluntades fuertes de algunos individuos o de algunos grupos la modelasen. Pero desde la constitución de las naciones modernas, desde la Reforma y el Renacimiento, no hay casi un solo individuo que no tenga sus intereses propios, sus simpatías por el presente, sus miras para el porvenir, sus pasiones y sus ideas. Todos los individuos humanos son, pues, desde hace siglos, en la Europa moderna, centros de energía, de conciencia y de acción. Y como en los períodos de transformación en que en los an-

tiguos lazos sociales se desatan todas las energías humanas son equivalentes, es forzosamente la ley de la mayoría la que decide. Una sociedad sólo entra en una forma nueva cuando la inmensa mayoría de los individuos que la componen reclama o acepta un gran cambio.

Esto es evidente respecto a la Revolución de 1789, No ha estallado, no se ha realizado sino porque la inmensa mayoría, se puede decir la casi totalidad del país, la quería. ¿Qué eran los privilegiados, alto clero y nobleza, en frente del tercer estado de las ciudades y de los campos? Un átomo: doscientos mil contra veinticuatro millones, un centésimo. Y todavía el clero y la nobleza estaban divididos, inciertos. Hay privilegios que los privilegiados no quieren defender. Ellos mismos dudaban de sus derechos, de sus fuerzas, y parecían entregarse a la corriente. La realeza misma, acosada, había tenido que convocar los Estados generales, aun temiéndolos.

En cuanto al tercer estado, al pueblo inmenso de los labradores, de los aldeanos, de los burgueses industriales, de los comerciantes, de los rentistas y de los obreros, casi unánime. No se limitaba a protestar contra la arbitrariedad real o el parasitismo nobiliario. Sabía cómo había que ponerle término. Todos están de acuerdo en proclamar que el hombre y el ciudadano tienen derechos y que no puede ser invocada ninguna prescripción contra estos títulos inmortales. Precisan también las garantías necesarias. El rey continuará siendo el jefe del poder ejecutivo, pero la voluntad nacional es la que hará la ley. Esta

voluntad soberana de la nación será expresada por asambleas nacionales permanentes y periódicamente elegidas. El impuesto sólo será exigible cuando las asambleas de la nación lo hayan votado. Recaerá igualmente sobre todos los ciudadanos. Todos los privilegios de casta serán abolidos.

Nadie se eximirá del impuesto. Nadie tendrá derecho exclusivo de caza. Nadie tendrá tribunales especiales. La misma ley para todos, el mismo impuesto para todos, la misma justicia para todos. Los derechos feudales contrarios a la dignidad humana, los que son signo de la antigua servidumbre, serán abolidos sin indemnización. Los que gravan e inmovilizan la propiedad rural serán eliminados por el rescate. Todos los empleos serán accesibles a todos y los más altos grados del ejército estarán al alcance del burgués y del aldeano como del noble. Todas las formas de la actividad económica estarán igualmente abiertas a todos. Para emprender tal o cual oficio, crear tal o cual industria, abrir tal o cual tienda, no habrá necesidad de un permiso corporativo ni de una autorización gubernamental. Las mismas corporaciones cesarán de existir, y por consecuencia, la Iglesia, mantenida como un servicio público, cesará de tener una existencia corporativa. Y el dominio de la Iglesia, los miles de bienes territoriales que posee, no teniendo ya propietarios, puesto que la corporación poseedora está disuelta, volverán a la nación, con el compromiso de asegurar ésta el culto, la enseñanza y la asistencia.

Es verdad que la Revolución tuvo que re-

currir a la fuerza: 14 de julio, 10 de agosto; toma de la Bastilla, toma de las Tullerías. Pero si se nota bien, la fuerza no se empleaba en imponer a la nación la voluntad de una minoría. La fuerza se empleaba al contrario para asegurar contra las tentativas facciosas de una minoría la voluntad casi unánime de la nación. En el 14 de julio es contra el golpe de Estado real; en el 10 de agosto el pueblo de París marcha contra la traición real, y llevaba consigo el derecho, la voluntad de la nación. No era por sumisión estúpida al hecho consumado por lo que toda Francia aclamaba el 14 de julio y casi toda Francia ratificaba el 10 de agosto. Es únicamente porque la fuerza de una parte del pueblo se había puesto al servicio de la voluntad general, traicionada por un puñado de privilegiados, de cortesanos y de traidores. Así el empleo de la fuerza no fué de ningún modo un golpe de audacia de las minorías, sino la vigorosa defensa de las mayorías.

Es verdad también que la Revolución fué llevada más allá de sus reivindicaciones primeras y de su programa inicial. Ninguno de los revolucionarios, en 1789, preveía, ninguno deseaba la caída de la monarquía. La misma palabra de República era casi desconocida, y hasta en el 21 de septiembre de 1792, cuando la Convención abolió la realeza, la idea de República no había cesado por completo de inspirar miedo. Pero no es bajo los golpes de una minoría apasionada, sino bajo las fórmulas de la filosofía republicana, como cayó la monarquía. No estuvo perdida sino cuando se hizo evidente a casi toda la nación, después

de pruebas repetidas, después del golpe de Estado real del 20 de junio de 1789, después del 14 de julio, después de la fuga a Varennes y la invasión, que la monarquía traicionaba a la vez a la Constitución y la patria. La monarquía no cayó sino cuando apareció la contradicción violenta, insoluble, entre la realeza y la voluntad general de la nación. Es, pues, con la lógica misma de la voluntad general, y no con un golpe de minoría, como se eliminó la monarquía.

Es verdad que los hombres de la Revolución no habían previsto todas las consecuencias económicas y sociales que saldrían de ella. Mirabeau creía, por ejemplo, que la supresión de los monopolios reales y de los privilegios corporativos suscitaría en el mundo nuevo una legión de pequeños productores, de artesanos independientes. No parece haber presentado suficientemente la gran evolución capitalista de la industria. Otros eran más perspicaces, y la Gironda, sobre todo, había previsto, siguiendo una expresión del tiempo, que la riqueza y la producción formarían como grandes ríos, que en vano se trataría de diseminar en múltiples hilos de agua.

Sin embargo, si la Revolución no sabía exactamente cuáles eran las consecuencias mediatas, lejanas, del régimen económico y social instituido por ella, si no presentaba claramente ni al capitalismo con sus combinaciones, sus audacias y sus crisis, ni el crecimiento antagonista del proletariado, sabía qué régimen quería instituir.

Lo que ayudaba a la Francia revolucionaria de 1789 a concebir claramente y a desear

con fuerza, es que las novedades más atrevidas reclamadas por ella tenían o precedentes o modelos precisos en la realidad.

Sin duda el crecimiento económico de la burguesía industrial y comercial en los siglos XVII y XVIII, la gran filosofía humana del XVIII, habían dado a los espíritus una audacia y un empuje hasta entonces desconocidos. El recuerdo de los Estados generales de 1614, a pesar del largo intervalo de dos siglos de despotismo, era para los hombres de 1789 una luz y una fuerza. La nación no iba hacia lo desconocido; reanudaba, ampliándola y adaptándola a las condiciones modernas, una tradición nacional.

Y bajo el punto de vista económico, agrícola e industrial, no creaba tipos desconocidos de propiedad y de trabajo. Abolía las maestrías, las veedurías y las corporaciones. Pero ya había regiones enteras con industrias particularmente progresivas que estaban libres del régimen corporativo. En los arrabales de París especialmente, tan animados e industriales, el régimen corporativo no existía. Después de varias generaciones, la producción capitalista naciente, con la concurrencia casi ilimitada, con las combinaciones múltiples de las sociedades en comandita y de las sociedades por acciones, se afirmaba y crecía al lado de la producción corporativa. Lo mismo en el orden agrícola, eran muchas las propiedades rústicas libres del privilegio feudal. El tipo del propietario agrícola libre de censo e independiente, excepto quizá del derecho señorial de caza, se había ya redimido bajo el antiguo régimen.

Es, pues, por el aumento, por la multiplicación de ejemplos precisos y conocidos, como procedió la Revolución.

Para la transformación de la Iglesia, la Revolución estaba servida por analogías de mucho peso y por precedentes muy vigorosos. El ejército, la justicia, después de haber sido instituciones feudales, habíanse convertido en gran parte en instituciones del Estado. ¿Por qué la Iglesia no había de cesar de ser una casta corporativa para convertirse en una institución del Estado? Además, desde el antiguo régimen, la propiedad de la Iglesia era considerada como una propiedad de un orden especial y sometida al Estado. La Revolución invocó soberanamente la famosa ordenanza real de 1749, que prohibía el crecimiento de la mano muerta de la Iglesia por liberalidad testamentaria.

Sometida de este modo al Estado, la propiedad de la Iglesia estaba preparada para la nacionalización. También aquí la Revolución tenía puntos de apoyo precisos y resistentes.

No era, pues, con aspiraciones confusas, con lo que se encontraron los espíritus en 1789, sino al contrario, con afirmaciones claras. Establecióse el acuerdo de las voluntades en la plena luz, en la soberana precisión del espíritu francés formada por el siglo XVIII. Y la Revolución de 1789 fué la obra de una mayoría inmensa y consciente.

Lo mismo, y más ciertamente aun, se cumplirá la Revolución socialista, no por el esfuerzo de una minoría audaz, sino por la voluntad clara y concordante de la inmensa

mayoría de los ciudadanos. Quien cuente con el favor de los acontecimientos y los azares de la fuerza y renuncie a traer a nuestras ideas la inmensa mayoría de los ciudadanos, renunciará de este modo a transformar el orden social.

Noticia bibliográfica

Histoire Socialiste.

L'Idealisme et le Materialisme dans la conception de l'Histoire. (Conferencia).

De la réalité du Monde sensible (Memoria).

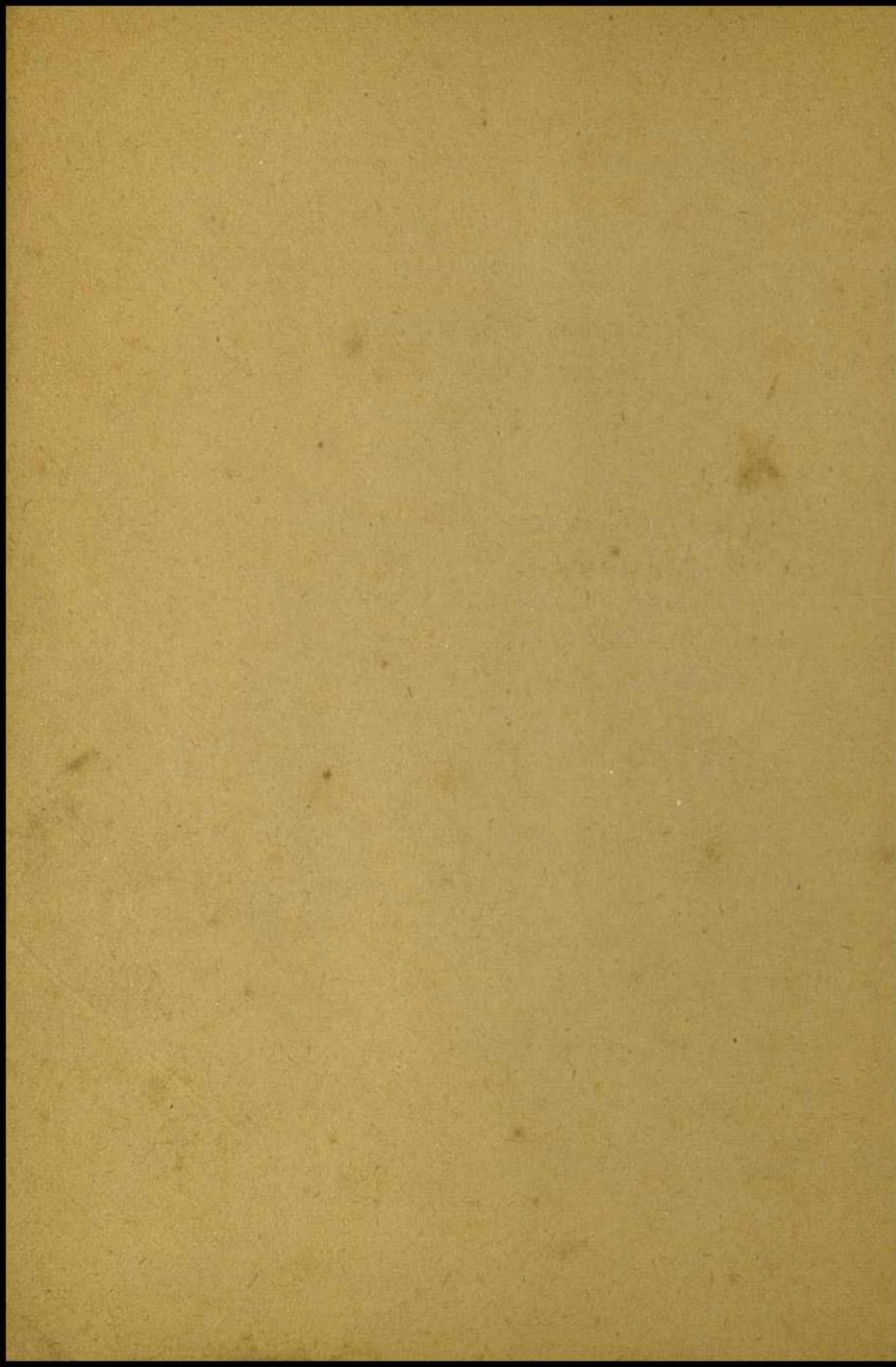
Discours Parlamentaires (1885-1894).

L'Armée Nouvelle.

Premières bases du socialisme allemand chez Luther, Kant, Fichte et Hegel. (Memoria).

Preuves.

Su colaboración en revistas y periódicos es copiosísima.



ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
Noticia biográfica.	5
República y socialismo.	11
El movimiento rural.	21
Evolución revolucionaria	29
Palabras de Liebknecht	37
El socialismo y los privilegiados	45
Huelga general y revolución	53
El socialismo y la vida	73
Mayorías revolucionarias	85
Noticia bibliográfica.	93





Biblioteca Popular

LOS GRANDES PENSADORES

Esta interesante Biblioteca por su meritoria labor de divulgación científica, filosófica y literaria, debe figurar en todas las Sociedades obreras, políticas instructivas y de carácter progresivo y en la biblioteca de todos los amantes de la cultura y del progreso.

TOMOS PUBLICADOS

(PRIMERA SERIE)

VICTOR HUGO	Páginas escogidas,	(Nobre, 1915)
F. PI Y MARGALL	Las Clases Jornaleras	
VOLTAIRE	Miscelánea Filosófica	
P. J. PROUDHON	La Propiedad	
F. LAURENT	Crítica del Cristianismo	
EDUARDO BENOT	Temas Varios	
ELISEO RECLUS	El Hombre y la Tierra (Fragmentos)	
ERNESTO RENAN y	Las Ciencias históricas y las Ciencias naturales	
M. BERTHELOT		
EMILIO ZOLA	Crítica Social	
J. MICHELET	De los Jesuitas	
CAMILO FLAMMARION	La Vida	
DIDEROT	La Religiosa	

(SEGUNDA SERIE)

F. LAMENNAIS	Palabras de un creyente.	(Nobre, 1916)
P. KROPOTKINE	Palabras de un rebelde	
J. J. ROUSSEAU	El contrato social	
H. SPENCER	Creación y evolución	
J. JAURÈS	El Socialismo	

EN PRENSA

STUART MILL	El utilitarismo
C. VOLNEY	Las ruinas de Palmira
CH. DARWIN	El Hombre y su origen
L. TOLSTOY	La gran tragedia
CH. DICKENS	Los tiempos difíciles
M. GORKI	Los vencidos
H. IBSEN	Amor y Odio

A fin de facilitar la adquisición de esta Biblioteca Popular en condiciones ventajosas, por medio de nuestros corresponsales y viajantes hemos establecido repartos a domicilio en todas las capitales y poblaciones importantes de la Argentina y Uruguay, al precio de 40 CENTAVOS cada volumen para la Argentina y de 20 CENTESIMOS para el Uruguay.

REPRESENTANTE EXCLUSIVO EN LA ARGENTINA Y URUGUAY

DAVID SOLÉ MIRALLES

PICHINCHA, 1867 - BUENOS AIRES

DEPÓSITO GENERAL DE TODAS LAS OBRAS DE ESTA CASA EDITORIAL